

8056

4222





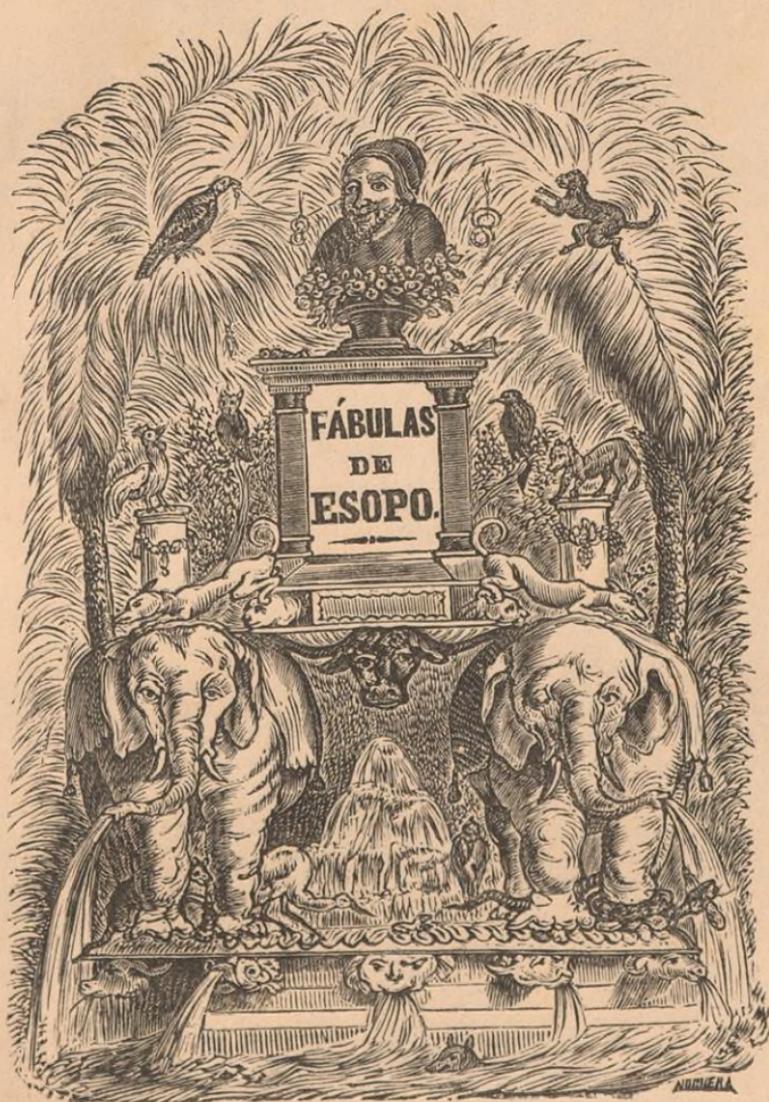
L47-4232

31-7, bis.

3508

FABULAS DE ESOPPO.

TABLES DE ESSOPE



BARCELONA.

E. FERRANDO ROCA, RAMBLA
DE SAN JOSÉ, 18.

MADRID.

SALVADOR SANCHEZ RUBIO
CARRETAS, 31.

ZX-1-1

Waltolt lib. M.

FÁBULAS ESCOGIDAS
DE ESOPHO



TRADUCIDAS DEL GRIEGO AL CASTELLANO Y EN VERSO

POR

FRANCISCO PELAYO BRIZ,

Y SEGUIDAS

DE VARIOS CUENTOS MORALES.



MADRID.

SANCHEZ RUBIO,
Carretas, 31.

BARCELONA.

E. FERRANDO ROCA,
Rambla de S. José, 18.

1863.



FABULAS ESCOGIDAS
DE ESOPHO

TRADUCIDAS DEL GRIEGO AL CASTELLANO Y EN VERSO

por

FRANCISCO BELVALE

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

y ESCUDILLER

DE VARIOS CUENTOS MORALES



BARCELONA
M. FERRANDO RUBIO
Ronda de San Jaume, 11

MADRID
FERRANDO RUBIO
Calle de San Mateo, 11

ADVERTENCIA.

Por cuanto andan escasos los ejemplares de estas fábulas y por cuanto los que existen son en mala prosa, es por lo que damos á luz la presente edicion en verso de las fábulas de Esopo traducidas directamente del griego.

A continuacion colocamos una serie de cuentos morales de gran valor, debidos á la pluma de uno de los literatos de mas fama en el Mediodía de la Francia; nos referimos á José Roumanille. Pocas ó ninguna otra coleccion de cuentos reúne las condiciones literarias de los del poeta citado. Naturalidad, gracia, diálogo espontáneo, chiste y una moral profunda con formas ligeras, hé aquí las cualidades que adornan á los cuentos de Roumanille.

En cuanto sean leidos, no dudamos que serán apreciados en lo que merecen, como lo han sido ya algunos de ellos que han visto la luz en uno de los periódicos de esta capital.

Acompañarán á estos cuentos otros dos entresacados de un libro inédito titulado: *Cuentos de invierno*, que dentro de poco ha de ver la luz pública.

Creemos que esta clase de libros son los mas á propósito para imbuir sanos principios y educar los corazones jóvenes bajo la influencia saludable de los nobles fines y máximas cristianas.

Barcelona y junio de 1863.

El Traductor.

ADVERTENCIA

Por cuanto están escasos los ejemplares de estas obras y por cuanto los que existen son en mala parte, por lo que damos á luz la presente edición en verso de las fábulas de La Fontaine traducidas directamente del francés.

A continuación colocamos una serie de cuantos morales de gran valor, debidos á la pluma de uno de los filósofos de una parte en el mundo de la Francia; nos referimos á José Comenius. Posee á su vez esta colección de obras las como las condiciones literarias de los del poeta citado. Varias de ellas, escritas, después de algunos años, y una parte de ellas con forma de versos, no aquí las condiciones que admiten á los autores de la obra.

En cuanto sean leídas, no dudamos que esta obra sea de gran provecho, como lo han sido ya algunas de ellas que han visto la luz en una de las periódicas de este país.

acompañamos á estos cuantos otros dos entrecuchos de un libro inédito titulado: Cuantos de nuestro país dentro de poco ha de ver la luz pública.

Creemos que esta clase de libros son los más á propósito para impartir estos principios y darán los corazones jóvenes bajo la influencia saludable de las nobles ideas y virtudes cristianas.

Batavia y junio de 1808

El Traductor

ESOPO.

Del hombre célebre de quien, según tradición vulgar, todos los fabulistas son herederos é imitadores, vamos á consignar las noticias casi auténticas que se saben de su persona y vida. Natural de Mesembria (Tracia) fué contemporáneo del rey egipcio Amaris y esclavo de un samio que se llamaba Yamon.

A pesar de que su talento y buena conducta le valieron la libertad, continuó sirviendo en la familia de su antiguo amo, como amigo, como consejero, ó con otro cualquier título honroso. Prueba evidente de que no siempre fué esclavo, es el haber defendido una vez á un hombre acusado de delitos políticos, acreditándose con esto de ciudadano.

Lo que se dice de sus viajes es bastante verosímil y no está en pugna con los datos fidedignos de su larga residencia en Samos. Vivía comunmente en la casa de Yamon, pero el génio aventurero, el deseo de ver é instruirse y tal vez el cuidado de los negocios de su protector bastan para motivar sus viajes al Asia, al Egipto y Grecia.

Tambien es probable que en su mocedad y antes de pertenecer á Yamon, habia sido esclavo en algun país de Oriente y adquirido allí la afición á las sentencias y narra-

ciones alegóricas que mas adelante propagó en Samos y en la Grecia del continente.

Se cree generalmente que pereció en Délfos. Pues enojados los naturales de este país con las advertencias y sarcasmos que les habia dirigido en forma de apólogo, le condenaron á muerte como á culpable de un robo que no habia cometido.

(Historia de la literatura griega de A. Pierron.)

Sus fábulas escritas en griego, fueron traducidas al latin por Laurencio Valla y modernamente lo han sido casi á todas las lenguas: La Fontaine ha traducido é imitado mas de cincuenta; y Samaniego no pocas menos, como podrá verse por la lectura de esta coleccion escogida que publicamos á continuacion.



I.

La cigarra y las hormigas.



Sus trigos en invierno,
Oreaban las hormigas;
Y la cigarra hambrienta
Al verlo les decía:
«—No tengo grano en casa,
»Dénme alimento, amigas.—»
Y aquellas sonriendo
Así le respondían:
«—¿Qué hizo usted en verano?
»Que nada recogía?—»
Contesta la cigarra:
«—No estaba yo inactiva,
»Entonaba canciones
»De mucha melodía.—»
Las otras respondieron
Con burlona sonrisa:
«—Pues si en verano canta
»Baile en invierno, amiga.—»

Esta fábula indica,
Que feliz no será aquella persona
Que su trabajo malamente aplica.

II.

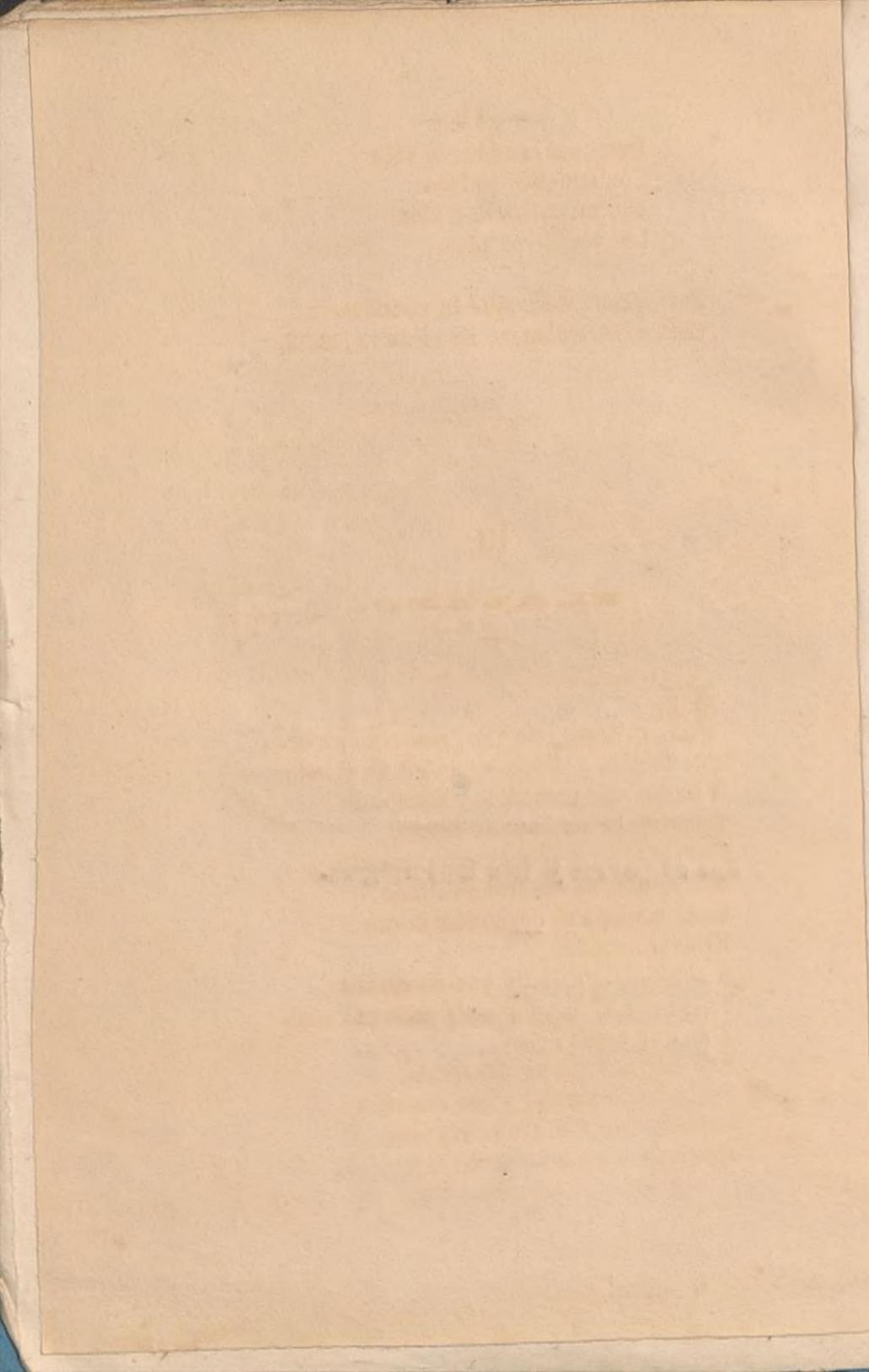
El labrador y sus hijos.

ESTANDO moribundo
Un labrador anciano,
Y queriendo que amasen
Sus hijos el trabajo,
Les dijo así: — «Hijos míos,
»De este mundo me marchó,
»Que tengo muchas canas
»Y son muchos mis años.
»Mas ántes de otra cosa
»Sin falta debo hablaros.
»Yo tengo en el viñedo,
»Ya desde muchos años,
»Enterrado un tesoro.
»Mas, hijos, es el caso
»Que el sitio donde se halla
»Lo tengo ya olvidado. — »
Los hijos con sorpresa
Oyeron al anciano.
Murióse este. Al viñedo,
Corriendo se marcharon,
Y tanto revolvieron,
Y allí cavaron tanto,
Que, por fin, convencidos
Quedaron los muchachos
De que ningún tesoro
Estaba allí enterrado.



La cigarra y las hormigas.

Esta fábula indica,
Que feliz no será aquella persona
Que su trabajo malamente aplica.



Pero , en cambio , la viña
Con aquellos trabajos
Dió muchísimos frutos
Los venideros años.

Esto quiere decir que la abundancia
Está en el trabajar , no en la vagancia.

III.

EL AVARO.

UN avaro , una vez , convirtió en oro
Sus bienes , y despues con gran cuidado
Y en un sitio escondido y reservado
Depositó en un hoyo su tesoro.
Cubrió el hoyo despues con maestría
Y á su casa se fué tranquilizado.
Cada mañana al despuntar el día
El avaro acudia
A contemplar el sitio que encerraba
Lo que en el mundo con mas fé él amaba.
Uno que desde léjos
Sus visitas y gestos observaba
Sospechó la verdad y con destreza
Supo hurtar al avaro su riqueza.
Este volvió sin esperar tal lance ,

En vista del percance
Doloroso y funesto
Empezó por llorar á grandes voces;
Solo logró, con esto,
Llamar, de un labrador que estaba cerca,
La atencion. Se acercó. Supo la causa;
Y despues de una corta y breve pausa
El labrador con voz franca y sincera
Al avariento habló de esta manera:
—«No encuentro yo razon en vuestro llanto:
»El oro aquí encerrado no lo usabais,
»Tampoco disfrutabais
»De su vista y su tacto. Por lo tanto
»De parecer yo fuera
»Que en lugar del tesoro
»Metieseis en el hoyo este guijarro;
»Para estar enterrado, os hará el barro
»El mismo efecto que os hacia el oro.
»El que tiene y no gasta no es el rico,
»El que tiene y lo emplea con cuidado
»Es quien puede llamarse potentado.»

No sea avaro quien la dicha busque,
Use con bien del capital que tenga,
O sino puede ser que sobrevenga
Una desgracia, y que le cueste caro
El ser mezquino y en extremo avaro.

IV.

LA ZORRA.



En la casa de un cómico

Fué una vez la zorra,

Y vió allí una máscara

Joya muy preciosa

Por ser prenda artística,

Y bella de sobras.

La zorra selvática

Con calma miróla

Y dijo marchándose

A mas de otras cosas:

—«Me place la máscara

»Confieso que es obra

»Que vale muchísimo,

»Que es buena y hermosa,

»Mas en cambio fáltanle

»Los sesos, no es broma!»

Una cabeza despejada, hermosa,

Si no se la cultiva,

Nunca llega á servir para gran cosa.



V.

El viejo y la muerte.

UN viejo fatigado
Por el mucho camino
Que acaba de hacer, yendo cargado,
Dejó su lio en tierra,
Y no estando contento de su suerte
Una y mil veces invocó la muerte.
Esta se presentó muy de contado.
« ¿Porqué, di, me invocabas?— »
Dijo al viejo con voz dulce y mañosa.
Y este le contestó: «— Por poca cosa,
»Te llamé para ver si me ayudabas
»A echar sobre mis hombros
»Esta carga pesada y fatigosa.— »

Da á entender esta fábula ingeniosa
Que debe todo el mundo contentarse,
Con su suerte ya triste, ya dichosa.



El viejo y la muerte.

Dá á entender esta fábula ingeniosa,
Que debe todo el mundo contentarse
Con su suerte ya triste, ya dichosa.

Una vez dicho esto
El águila soltó su carga, presto.
La tortuga cayó y en un momento
Para siempre perdió el vital aliento.

Quien, mas de lo que puede, ser quisiere,
Aplique el cuento y su ambicion modere.

VII.

La polla de los huevos de oro.

UN hombre poseia
Una hermosa gallina que valia
Un Potosí, un tesoro,
Puesto que eran de oro
Los huevos que ponía.
Un dia el casquivano
Sospechó que tendria
Los huevos en el vientre
En número crecido, y só pretesto
De apoderarse de ellos, con vil mano
Dió muerte al animal. ¿Logró con esto,
Tener todos los huevos que anhelaba?
Al contrario quedóse con ninguno.
Viviendo el animal, uno por uno
Huevos de oro ponía,

Y con esto aumentaba cada día
Su capital; muerta, una vez, la polla
Ya no pudo volver al gallinero,
Tan solo le sirvió para el puchero!

Quien quiera ser feliz, tenga por cierto
Este refran que sigue,

«No dejes lo seguro por lo incierto.»

VIII.

El hombre y la imagen.

HACE tiempo que en un pueblo retirado
Vivia un aldeano muy honrado.
Un ídolo de barro poseía
Que todo su cariño le absorbía;
Con ofrendas, tapices y con flores
De diversas esencias y colores
El altar de aquel ídolo adornaba
Pues que muy grande amor le profesaba.
Cada día, á cada hora, á cada instante
Se postraba del ídolo delante,
Y pedía con voz muy oportuna
Que aumentase con creces su fortuna.
Cansóse un día al ver que su riqueza

Iba á paso de carga hácia pobreza;
Y como era la imágen que tenia
La que sus capitales consumia
Y en vez del bien el mal le deparaba
Y su pobreza y males aumentaba,
Para evitar á tiempo un mal futuro
Con ira echó la imágen contra el muro.
Se rompió su cabeza en mil pedazos
Y del hueco del pecho y de los brazos
Cayó al suelo, ¡oh prodigio! ¡oh gran portentoso!
Muchísimo dinero en un momento.
El dueño, al ver aquello, de contado
Dijo al ídolo así, medio asombrado:
—«No me pesa sino haberte tenido
»Tanto tiempo en altar y bendecido.
»Mientras te honré, con mal mi bien pagaste,
»De mis desgracias tú jamás cuidaste;
»Pues bien, es hora ya de que te alejes
»Y que mi casa y posesiones dejes.»
Y cogióle con fuerza sobrehumana
Y á la calle la echó por la ventana.

Quien trabaja á la fuerza, solo alcanza
Mucho palo y desprecio por su holganza.

IX.

La zorra y el cuervo.

UNA vez en un lugar
Robó cierto cuervo un queso
Y con él se echó á volar
Por los aires, sin chistar,
Alegre, y tieso que tieso.

En un árbol se posó
Para calmar su apetito,
Mas héte aquí que le vió
Una zorra y se acercó
Al árbol muy despacito.

Sentada sobre el herbaje
Dijo al ave ese animal:
— ¡Qué hermosísimo plumaje!
¡No existe en ningun paraje
Otro que le tenga igual!

Si á tan singular belleza
(Y hablo con el corazon)
Reune delicadeza
Para cantar, ¡qué lindeza
Será V.! ¡Qué perfeccion!—

El cuervo enorgullecido
Quiso graznar, soltó el queso,
Y la zorra, de corrido,
Cuando el queso hubo comido,
Dijo al pájaro travieso:

— ¡Oh! muy bien sabe á fe mia
El queso que V. soltó.
Lástima! Cuán poco habia!
Mas adios! Hasta otro dia!—
Y la zorra se largó.

Y el cuervo con pretensiones
De cantor de buena voz,
Se quedó viendo visiones,
Sin queso y sin provisiones,
Chillando de un modo atroz.

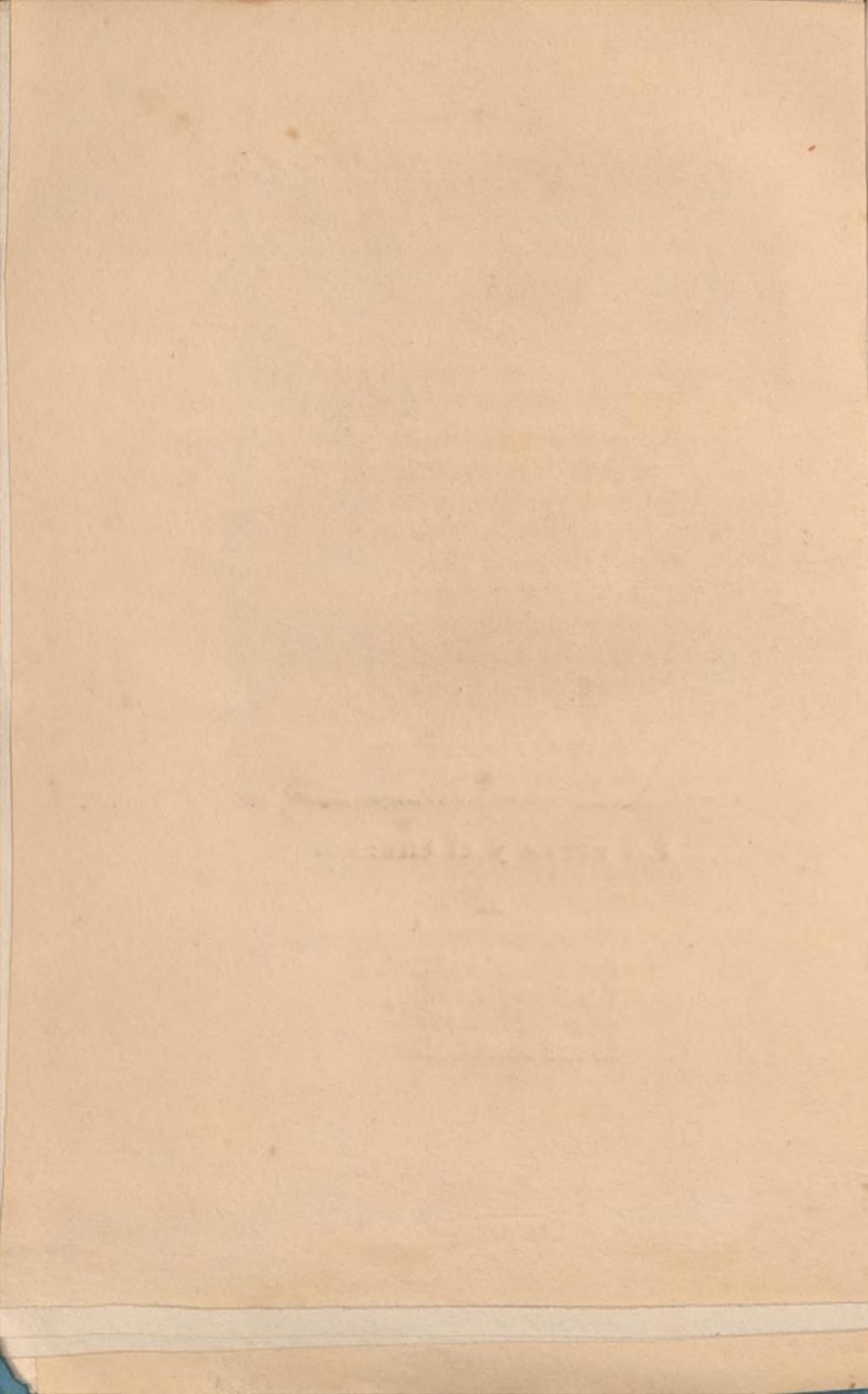
Moraleja.

Quien escuchá adulación
Y la toma por verdad,
La anterior fabulación
Le será de utilidad.



La zorra y el cuervo.

—
Quien escucha adulacion
Y la toma por verdad,
Aquesta fabulacion
Le será de utilidad.



X.

El lobo y el perro.

EN lobo cogió una vez
A un perro de pocas carnes,
Y en cuanto lo fué á comer
Le dijo el perro:—«¿Qué haces?
»Mira, lobo, por tu bien,
»Estoy flaco; si aguardases
»A que trascurriera un mes
»Tú ganarias, compadre,
»Pues mucho puedo engordar
»Con este tiempo. ¿Te place?»—
—«Consiento»—dijo á su vez
El lobo con tono grave.

Pasó el tiempo, finió el mes.
Como no se presentase
El perro al lobo, este fué
A su cabaña á buscarle.

Cerrada encontró la puerta;
Pero el perro con voz suave
Y al través de espesa reja
Así dijo:—«Oiga, compadre,
»Qué busca por este sitio?
»De aquí qué intenta llevarse?»—
—«A tí te busco.»—«¿Qué quiere?»—

—« Ha pasado un mes. Ya sabes... »—
—« Ah! Sí... » dijo el perro entonces,
« Ya salgo. Un poquito aguarde.
»Vendrá conmigo el portero.
»Seré con V. al instante.»—
El portero era un perrazo
Fiero, terrible, indomable,
Que dejaba sin un lobo
Aquellos montes y valles.
El lobo entendió la maula
Y respondió:—«No se canse.
»Mil gracias. Dé V. al portero
»Mil saludos de mi parte.»—
Y sin esperar respuesta
Se largó en el mismo instante.

Dice un refran con mucho fundamento,
Que vale mas un pájaro en la mano
Que por los aires revolando, ciento.

XI.

El leon y la zorra.

UNA vez con sin par hipocresía
Un leon muy enfermo se fingia,
Y, á los mas inocentes animales
Que creyendo en sus males

Acudian á verle, se comia.
Visitóle una zorra y desde fuera
Con suma cortesía,
Con el leon habló de esta manera:
—¿Que tal, señor enfermo?

—Mal.

—¿Qué siente?

—Gran dolor; pesadez; suma fatiga...

—¿Y qué dice la gente
Que sabe?

—Nada: que es preciso siga

La enfermedad su curso. Entra...

—No quiero.

—¿Porqué? Dime.

—Porque me estoy mirando

Con calma las pisadas

Que frente á vuestra puerta hay estampadas,

Y por ellas estoy adivinando

Que siendo muchos los que á veros vienen,

Y cruzan el umbral de vuestra puerta

Ninguno sale. Casi apostaría

A que, ninguno de ellos

Volverá á contemplar la luz del dia!

Moraleja.

Dice un refran anticuado,

Y en esto tiene razon,

Que será muy respetado

El que tenga discrecion.

XII.

El lobo y la vieja.

UN lobo en cierta ocasion
En que mucha hambre tenia,
Dirigióse á una alquería
Con sigilo y precaucion.

Encontró una vieja en ella,
Con un niño que lloraba:
Mientras este sollozaba,
Decia la vieja aquella:

«—Si no callas, de contado
«Te entregaré á un lobo hambriento.—»
Y, pensó el lobo, contento:
«¡Qué magnífico bocado!»

Y, en las palabras, pensando
De la vieja del portal
De la casa, el animal
Quedó plantado, aguardando.

Llegó la tarde, aquel niño
Jugaba alegre y sonriente
Y la vieja dulcemente
Decíale con carño:

«—No temas, hijo querido,
Si el lobo llega á venir

Mal librado ha de salir
De mis manos, el perdido!—»

El lobo se vió burlado
Y al momento se largó
Y nunca, nunca volvió
Ni á la granja, ni al vallado.

Moraleja.

Aquel que en promesas fia
Que hechas son de cualquier modo,
Se llega á encontrar un dia
Burlado y falto de todo.

XIII.

El lobo disfrazado de pastor.

Quiso un lobo, cierto dia,
Llevar á cabo una idea
Que de tiempo maduraba
En un rincon de su cueva
Para lograr á mansalva
Darse una vida muy buena.

Disfrazóse de pastor,
Mientras dormia la siesta

Un pastor que era guardián
De un rebaño en una vega.

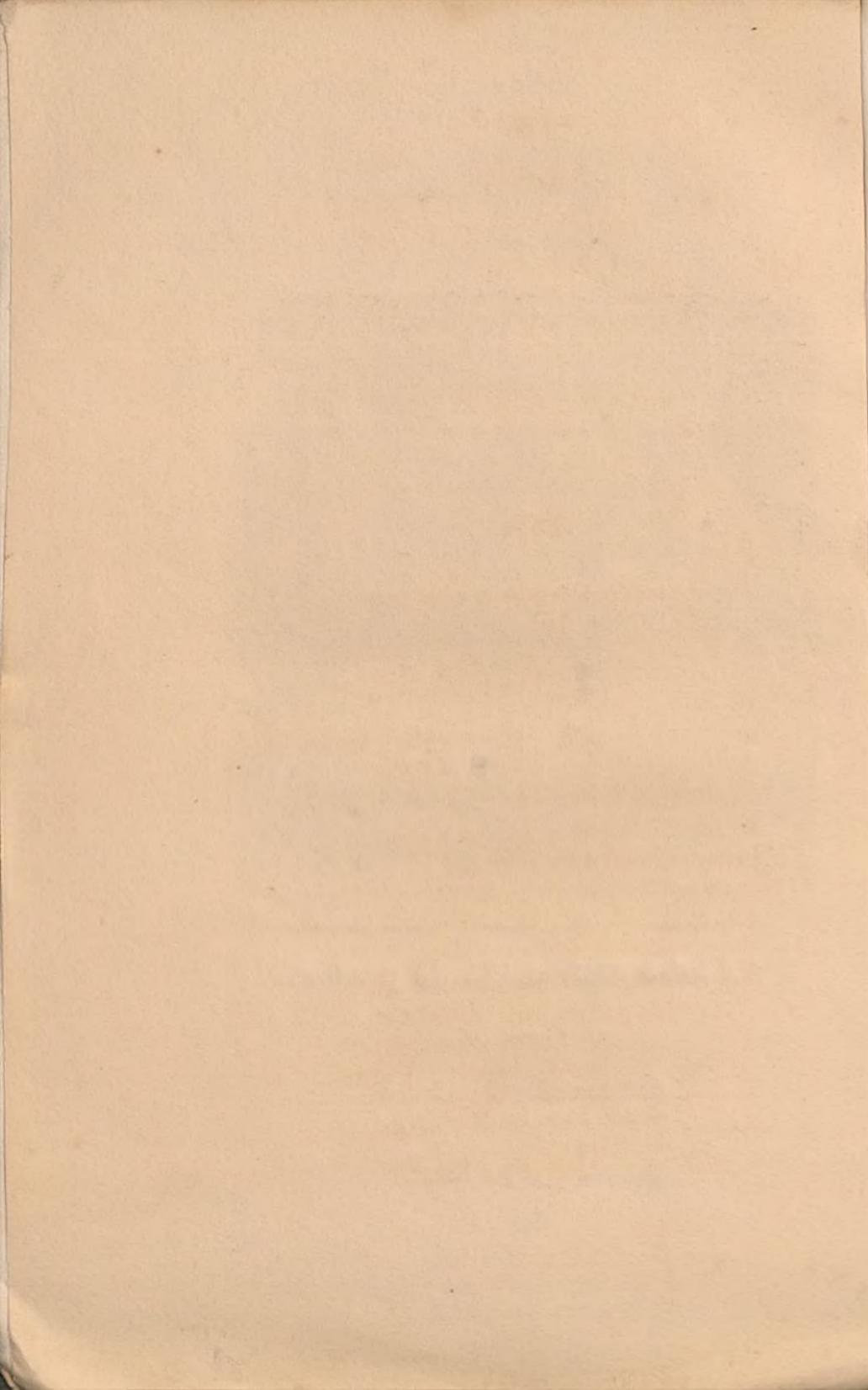
Con sigilo y con aplomo
Colóse entre las ovejas:
Miró, guiñó, alzó el rabo
Y empezó por echar cuentas
Sobre cuantas robaria,
Sobre si gordas ó tiernas
O si grandes ó pequeñas,
Pues que su intencion distaba
Muchísimo de ser buena.
Las ovejas se creyeron
Que era el pastor; y contentas
Se agruparon cerca de él
Tranquilas y satisfechas.

Hete aquí que el señor lobo
Reparó en una... qué oveja!
Qué gorda, rolliza y sana!
Qué jóven, pesada y fresca!
Al verla no pudo menos
De esclamar:—«Vaya! qué oveja!
»Esa sí que es buen hocado;
»No hay mas, me quedo con esa!»—
Pero su voz algo ingrata
Al resonar por la vega
Despertó con sobresalto
Al pastor, y al perro y perra
Que guardaban el rebaño
Si bien dormian la siesta,
Y cogiendo al pastor lobo
Le cortaron las orejas
Y le mataron á palos
En pago de su proeza.



El lobo disfrazado de pastor.

Quien se mete en un lugar
Donde no se ha de meter,
Bien le puede suceder
Que concluya por llorar.



Moraleja.

Quien se mete en un lugar
Donde no se ha de meter
Bien le puede suceder
Que concluya por llorar.

XIV.

El hombre mordido por un perro.

HUBO en un tiempo un perro que mordía
A todo aquel que cerca de él tenía.
Una vez un burlon y casquivano
Fué mordido por él en una mano.
Para que le curasen, el herido,
A un pueblo se marchó muy de corrido,
Y encontrando un payés, muy buen sugeto,
De su venida le esplicó el objeto.
Dijo el payés:—«Señor, si no se apura
»Verá cuan prontamente V. se cura.
»Con pan frota la herida y luego arroja
»Al perro el pan, para que el pan recoja.
»Si lo hace, prometo de contado
»que en un instante quedará curado.»
Dijo el otro:—«Por Dios, torpe sería

»En hacer semejante tontería,
»Pues los perros sintiendo el aliciente
»Me harían á pedazos prontamente.»

Moraleja.

Ha sido, es y será tiempo perdido
Dar ayuda y socorro
Al necio y al ingrato y presumido.

XV.

El viajero y la espada.

UN viajero encontró
Una espada en un camino
Y le preguntó con calma:
—«Dí, espada, ¿quién te ha perdido?»

Esta contestó de prisa
Y con acento tranquilo:
—«Uno perdióme: yo en cambio
»Son muchos los que he perdido.»

Moraleja.

Tarda á veces el hombre que es malvado
A encontrar quien castigue su insolencia,
Mas nunca falta á mas de la conciencia
El castigo del mundo al depravado.

XVI.

La encina y la caña.

A una caña, una encina
Que estaba cerca de ella
La dijo así:—«Vecina,
»Débil eres á fe; siempre te abates
»Del viento á los mas débiles embates.
»Yo resisto su ira
»Y á grande altura me remonto, mira.»—
La caña contestó de esta manera:
—«Dice V. la verdad, mas quizá un dia,
»Señora, se arrepienta de su altura,
»De su hermoso follaje y lozanía.»—
Esto dicho, con fuerza sopla el viento;
La caña se doblega en un momento.
La encina lo resiste con bravura.
Redobla el viento su furor entonces,
La encina en un instante
Cae al suelo abatida.
Cesa el viento. La caña á poca altura
Se levanta, triunfante,
Y muy compadecida
De la suerte del árbol arrogante.

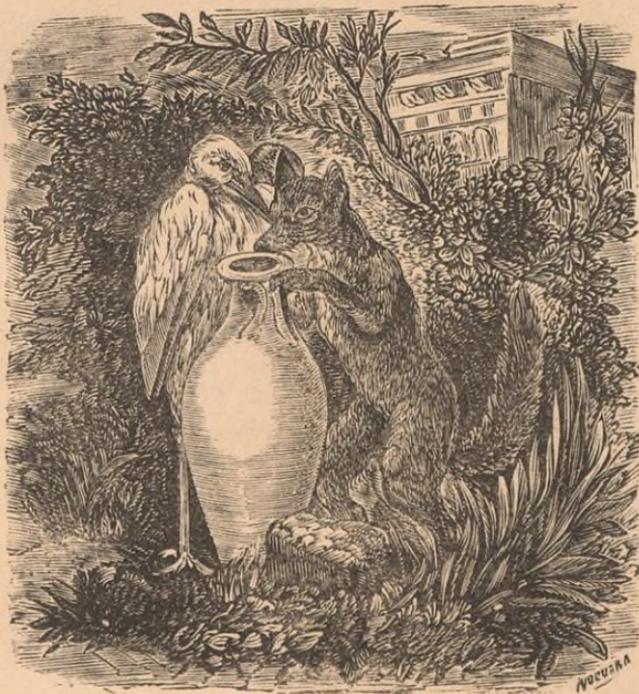
Moraleja.

A soberbia y orgullo todo el mundo
Los mira con desprecio muy profundo.

XVII.

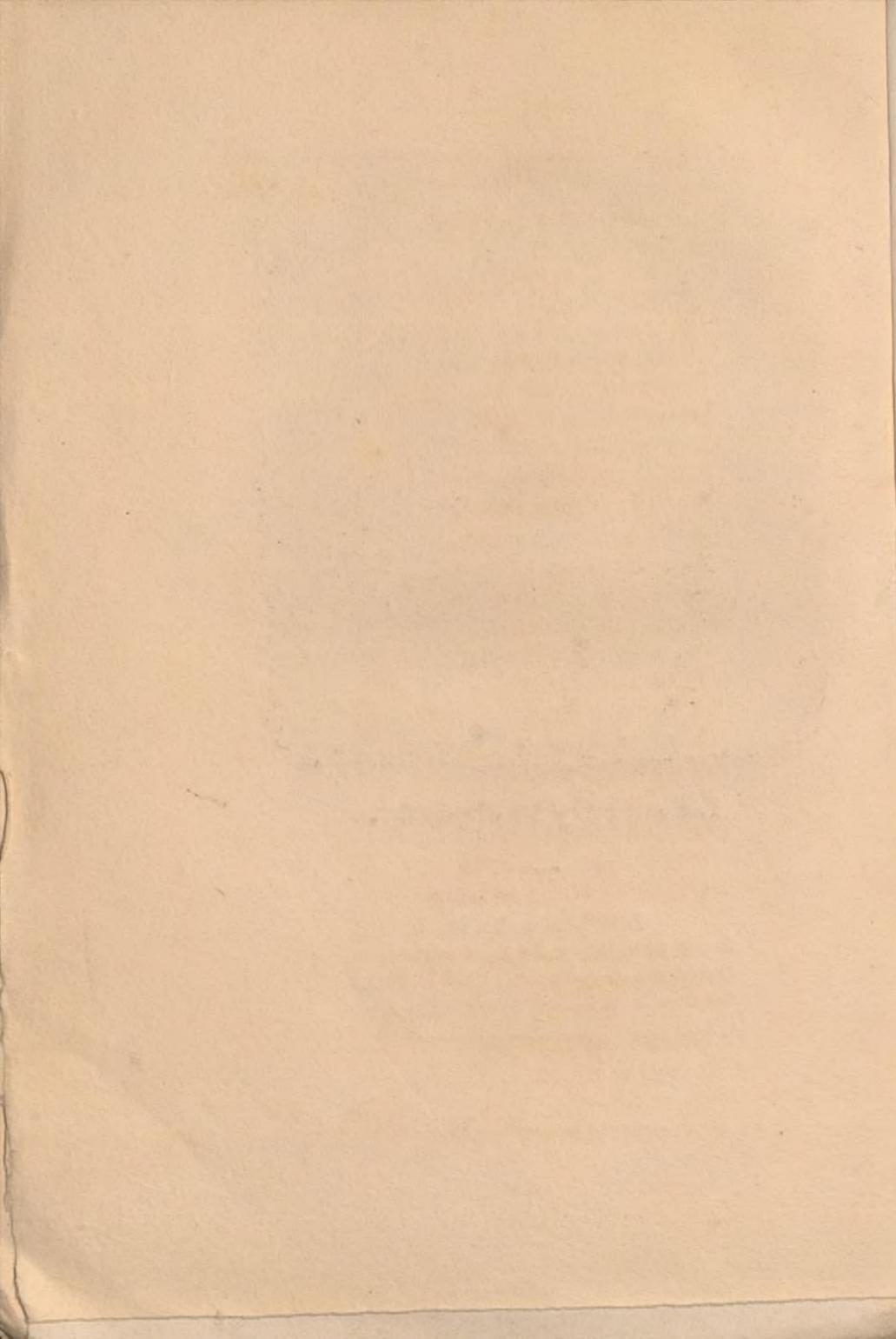
La zorra y la cigüeña.

CONVIDÓ una vez la zorra
A cenar á una cigüeña
Y la cena consistió
En una fuente muy llena
De caldo. La zorra astuta
Se hartaba, mas la cigüeña
No podia recoger
Ni una gota. Con prudencia
Se calló el ave: concluida
La esplendídisima cena,
La cigüeña cortesmente
Convidó á su compañera
A cenar á su cabaña.
La zorra aceptó contenta.
Acudió y encontró entonces
Una redoma rellena
De jigote, mas de cuello
Estrecho. La zorra con insistencia
Probó de meter las patas,
Probó de meter la lengua,
Mas en vano; solo entraba
El cuello de la cigüeña,
La cual se hartaba con calma,
La cual se hartaba de veras.
La zorra pagó su burla
Yéndose ayuna y hambrienta.



La zorra y la cigüeña.

Esta fábula enseña
A ser prudente y á no ser burlon,
Quien sea lo contrario, cual la zorra
No dejará de hallar en su camino
Quien le dé severísima lección.



XVIII.

El caballo y el asno.

IBA muy cargado
Un borrico al lado
De un caballo hermoso
Muy engalanado;
Dijo, al compañero,
Triste y quejumbroso:
—« De cansancio muero,
» Sudo de fatiga,
» Sin que mas te diga
» Ya lo ves. Escucha,
» No es tu carga mucha;
» Puedes ayudarme
» A llevar la carga.
» Voy á reventarme
» Si no tengo ayuda
» Que la senda es larga,
» Que mi cuerpo suda,
» Que el calor me abrasa
» Que es mi fuerza escasa! —

El caballo, nada
Dijo al camarada,
De fatiga muerto,
(Téngase por cierto)
Se cayó el borrico
Y al caballo rico
Le cargaron, sobre

Al borrico pobre
Y á mas la pesada
Carga ya citada.
Esto decir quiere,
Dícelo mi musa,
Que bebe dos tazas
Quien caldo rehusa.

XIX.

La serpiente y la lima.

EN casa de un herrero
Penetró una serpiente,
Y no encontrando cosa
En que apretar los dientes
Royendo se entretuvo
Cual si alimento fuese
Una lima de acero
Que halló encima de un mueble.
Dijo al reptil la lima
Con tono indiferente:
— «En vano es que me muerdas,
«Preciso es que moderes
«Tu instinto y busques presa
«Que menos de roer cüeste.
«Si no cesas muy pronto,
«Lo digo francamente,

» En tu boca no queda
» Ni por ensalmo un diente
» Que soy mas dura que estos,
» Que soy tambien mas fuerte.

Moraleja.

Los necios y los tontos presumidos
Que todo lo critican
Y que pasan por hombres entendidos,
No hacen otro daño al criticado
Que el que hizo la serpiente
A la lima del cuento ántes citado!

XX.

El asno y la zorra.

EN asno una vez vistióse
Con una piel de león,
Y á los otros animales
Con orgullo se acercó.
Estos huyeron al verle,
Llenos de asombro y temor,
Solo se quedó una zorra
Que la trama sospechó.
Dirigióse á pasos lentos

Y con mucha precaucion
Hacia la fiera: de pronto
El asno un rebuzno echó
Y dijo la zorra:—«Vayal
»Que me sorprende esa voz!
»Señor asno, ¿desde cuándo
»De este modo habla el leon?»—

Moraleja.

Muchos son los que viven el mundo
Y se atribuyen un saber profundo,
Mas si su ciencia llega á ser probada
Se ve que su saber, al fin, es nada.

XXI.

El grajo y las palomas.

PARA vivir á sus anchas
Cierta grajo entróse un dia
En un palomar en donde
Palomas blancas vivian.
Con ellas comió algun tiempo
Gozando salud magnífica,
Nunca hablaba. Con cautela
Se portaba en la comida,
Y si las otras volaban

Del palomar no salía.
En esto, encontró una vez
Mejor que los otros días
El grano, y sin acordarse
De que hablando se perdía,
Dijo en extremo contento:
—«Bueno es el grano, amiguitas.»
Las otras que le escuchaban
Se quedaron sorprendidas
Y dijeron:—«¡No es paloma!
»¡Si es grajo! Bien lo acredita.
»Con su charla y sus maneras.
»Que salga la bestia indigna!»
Y del palomar la echaron
Con mofa y con ironía.
Regresó entonces el grajo
Con la cabeza mohina
A casa de sus amigos,
A casa de su familia,
Pero entonces esta dijo
Con descubierta malicia:
—«¿Tú prefieres las palomas
»Que en el palomar habitan?
»Pues nosotros no queremos
»Lo que aquellas desperdician.»

— **Moraleja.** —
Quien tenga un oficio —
Quédese con él,
No lo mude nunca:
Puede suceder
Que ninguno sepa
Si luego despues
Al primer oficio
Intenta volver.

XXII.

El lobo y la grulla.

Con tal avidez comía
Un lobo en cierta ocasion,
Que á mitad de su garganta
Un hueso se le atascó.
En esto pasó una grulla
Y dijo el lobo gloton:
«—Quíteme usted este hueso
»Que me ahoga; por favor—»
La grulla metió en el cuello
Su pico con precaucion,
Tentó hasta tocar el hueso,
Y con tal destreza obró,
Que el hueso quedó extraído
Sin que sintiera dolor
El lobo. Cuando acabada
Estuvo la operacion,
Al lobo dijo la grulla:
—«Págume, lobo, el favor.»—
—«¡Yo pagarte! Necio fuera!
¡Hase visto pretension!
¿Pues de sobras no he pagado
Tu favor, con el favor
De no tragarme tu cuello
Cuando lo tenia yo
Adentro de mi gáznate?
Estás en notable error,

Con prudente tesson ántes seguía,
Los perros lo cogieron con presteza
Y murió degollado,
Su imprudencia le dió aquel resultado.

Moraleja.

Tal castigo merece
Aquel que ha profanado
El sitio en donde acogimiento ha hallado.

XXIV.

El leon y el mosquito.

Dijo el leon al mosquito
Una vez con presuncion:
—«¡Marcha de aqui, vil insecto,
»Léjos de mi alrededor!»—
Y contestóle el mosquito
Con muy altanera voz:
—«¡Si piensas que me amedrentas
»Te engañas á fé, leon,
»Pues si bien soy muy pequeño
»En cambio soy muy feroz!»—
Y se arrojó sobre el lomo
Del orgulloso leon
Y picóle con tal ira

Y tantas picadas dió,
Que al fin el rey de las fieras
Tuvo que pedir perdón.
Entonces fué el mosquito
A contarles su valor
A los otros de su raza.
Y su misma condición.

Mas al cruzar por un bosque
Una telaraña halló
Y en ella quedó enredado
Muriendo sin remisión.

Moraleja.

Los peligros y enemigos
Cuanto mas pequeños sean
Mas miedo deben causarnos,
Pues la maldad es pequeña.

XXV.

El delfin y el mono.

UN barco naufragó cerca de Atenas;
Los delfines que el barco aquel seguian
Salvaron á los hombres que se ahogaban;
Un mono que allí habia
Viendo que los delfines trasportaban
A los que entre dos aguas batallaban,
Se echó sobre un delfin con maestría.
El delfin lo arrastró creyendo que era
Un hombre verdadero. A poco rato
Al mono habló el delfin de esta manera:
«—Diga V., señor náufrago, ¿conoce
» De Atenas la ciudad?—»
«—¿Se burla, amigo?
» Si, vivo en ella.—»
«—¿Y el Pireo? (1)—»
«—¡Vaya!
» No lo he de conocer si soy su amigo!—»
El delfin al oír tal tontería
Levantó con cachaza su cabeza,
Y al ver que el que tenia
En su lomo era un mono,
Lleno de justo encono
Lo arrojó con presteza
En el agua, y despues fuése nadando
Sin perder un momento
A emplear mejor su fuerza y su talento
En los hombres que estaban naufragando.

(1) Puerto de Atenas.

XXVI.

El gallo y la zorra.

EORRIA una zorra
De un gallo detrás,
Y así le decia
Con muy grande afan:
—Ya todas las bestias
Gozamos de paz,
Ya no habrá enemigos,
Victimas no habrá.
La nueva te traigo;
Párate y verás
En mí una amiguita
Que anhela sellar,
La nueva tan fausta
Que cantada es ya
Por todas las bestias
Que saben cantar,
Con un dulce abrazo,
Abrazo de paz.—

El gallo entre tanto
Salta con afan
Sobre el alto tronco
De un árbol, que está
En el borde mismo
De un cañaveral.

Y desde allí dice

A la zorra:

—¡Ya!

¡Ya la creo, amiga!

¡Qué nueva me dá!

Me placé en extremo.

No cabe dudar

De lo que usted dice,

Porque veo ya

Venir hácia aquí

Corriendo... no... ¡ca!

Volando mejor,

De perros un par,

Que serán correos

Que me traerán

Sin duda la nueva

Que me ha dado ya

Usted hace poco

Con fraternidad;

Quédese, ya abajo,

Cuando llegarán

Nos abrazaremos

Con sinceridad.

Vuélvese la zorra,

Y al ver cerca ya

A los dos perrazos,

De porte marcial,

Dice al gallo:

—Amigo,

No puedo esperar;

Con calma, otro día,

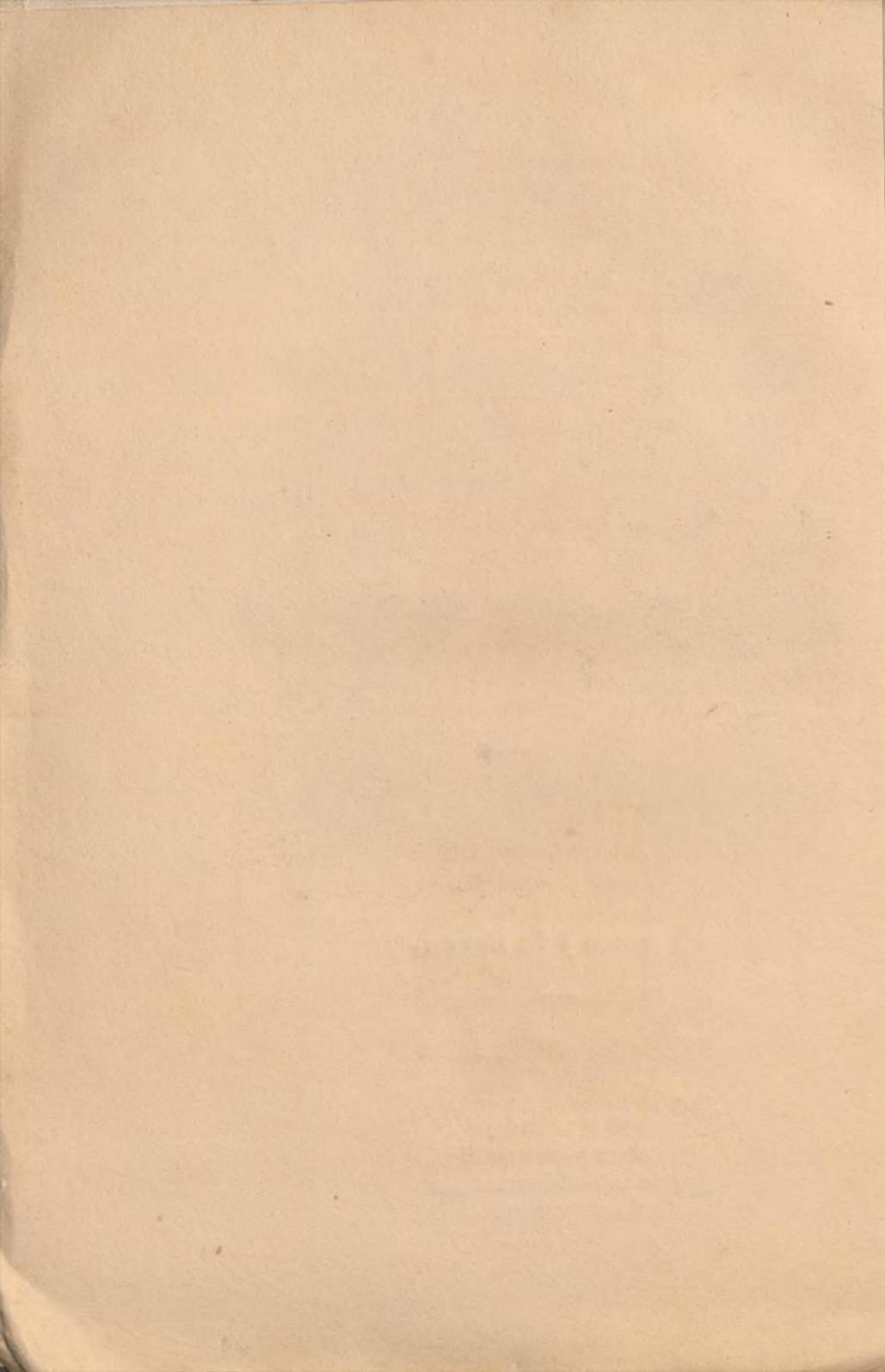
Si no viene á mal

A V., señor gallo,



El gallo y la zorra.

No escuches palabras dulces
De tu enemigo ,
Que la dulzura de estas,
(Yo te lo afirmo)
Puede volverse ajeno
Que tu existencia amargue
En este suelo.



Vendré á celebrar
La nueva que sabe,
La solemne paz;

Y la zorra astuta
Sin aguardar mas
A través del llano
Corre con afan;
Y en un bosque á poco
Puédese salvar.

XXVII.

La vieja y las dos muchachas.

LENA una vieja
Dos lindas muchachas
Que mucho cosian,
Mucho trabajaban.
Hasta media noche
No iban á la cama,
Al cantar el gallo
Ya las despertaba
La vieja gruñendo,
Con voz dura y áspera.
Dijeron las chicas:

—« De todo es la causa
« El maldito gallo
« Que temprano canta.
« Matémosle luego,
« Y así nuestra ama
« No oyendo su canto
« Tendrá más cachaza. —
Mataron al gallo,
¿Qué alcanzaron? Nada.
La vieja al contrario,
Mal acostumbrada
Con la voz del gallo,
Aun mas de mañana
Saltaba del lecho
Y á las dos muchachas,
Cual ántes lo hacia,
Pronto despertaba.

Moraleja.

Quien no se contenta
Con su posicion
Y mudarla intenta
Por otra mejor,
Fácil es que encuentre
Luego en conclusion,
Otra de mas triste,
Otra de peor.

XXVIII.

El asno y sus dueños.

Tuvo un asno tres dueños diferentes,
Uno era jardinero
Muy hábil, bondadoso é inteligente.
Erase pelletero
El segundo y de genio algo torcido,
Y el último que tuvo, carbonero
Y mas malo que el malo mas corrido.
El asno mal contento
Del amo que dejaba,
Cada vez que tenia uno de nuevo
Del mal trato del otro se quejaba.
Dijo al dejar el jardinero:—«Bravo!
»Ya no mas levantarme con el dia;
»Son bonitas las flores
»Mas yo preferiria
»Que ellas jamás tuviesen compradores!»
Al dejar el segundo, con contento,
Habló de esta manera el tal jumento:
«—Me alegro de dejar el pelletero,
»Pues á mas de ser malo, es un oficio
»Que no dá ni el mas corto beneficio,
»Y es insufrible el mal olor del cuero.»
Cuando estuvo en poder del carbonero
Dijo, al ver qué de noches trabajaba:
—«¡Qué feliz era yo cuando habitaba
»En casa de mi dueño el jardinero!

- »Entonces no salia
- »De casa hasta nacido el claro dia :
- »Ahora, hasta la noche, sin descanso
- »Y sin perder momento
- »Trabajo y me fatigo y me reviento!
- »Aunque fuese volver al pelletero....
- »Cualquier oficio ¡oh sí! preferiria
- »Al sucio oficio que ejercito hoy dia!

Moraleja.

Quien no esté resignado con su suerte
Infeliz vivirá hasta la muerte.

XXIX.

El pescador y el pez.

ERIERTO pescador de caña
Pescó un día un pececito,
Y la víctima con calma,
Con acento entristecido,
Al pescador habló así:
«No ves que soy pequeñito
Echáme otra vez al agua
Y luego que habré crecido
Sacarás mayor provecho

«De mí? No ves que no sirvo

»Para maldita la cosa

»Pues no peso ni un comino?»

Y el pescador contestó:

—«Hablas bien y de lo lindo,

»Mas yo sé cierto refran

»Que jamás echo en olvido

»Y dice que *vale más*

(Y no yerra en esto el dicho)

»Un *tengo que un te daré.*

»Por lo tanto, pececito,

»Esta tarde en la sarten

»Por mi mujer serás frito.»

XXX.

La raposa.

ENA raposa activa, inteligente,
Atrevida, y á mas algo valiente,
Fué cogida en un lazo cierto dia
Y á fuerza de tirar con gran perfia
Solo pudo escapar dejando en prenda
Su cola. Al contemplar con amargura
Su tonta y muy ridícula figura,
Imaginó dar á entender con maña
A todas las raposas
Que habitaban el llano y la montaña
A que se recortasen con premura
Las colas que arrastraban por el suelo,
Pues ella se decia:

- «Si lo alcanzo ¡qué gusto! ¡qué alegría!
» Cuando menos tendré el grato consuelo
» De ser igual en todo á mis hermanas.
» ¡Oh dioses! procurad que mis razones
» Conmuevan sus astutos corazones.»—
» Y que no encuentren mis palabras vanas.»

Convocó una reunion muy numerosa
Y habló de esta manera la raposa:

- « Hermanas, pues lo sois las que aquí veo,
» Pues todas sois raposas cual yo misma,
» Voy á hablaros de cierta cosa urgente;
» Sentaos y escuchadme atentamente.
» Hace tiempo que vamos por el mundo
» Arrastrando la cola.
» Esta, á mas de cansarnos mal profundo,
» Pues muchas veces somos detenidas,
» Atadas y cogidas
» Por la cola maldita, nos da aspecto
» De animal ordinario y algo inmundo:
» Yo prefiriera, y la razon me sobra,
» A que pusieseis prontamente en obra
» Lo que voy á esponer con voz pausada.
» Raposas, ordenad que nuestra cola
» Fea, sucia y pesada
» Sea ahora aquí sin remision cortada.»—

Se levantó tal zambra y gritería
Al oír estas palabras sediciosas,
Que la que hablado habia
Si no escapa, matada hubiera sido
Por las enojadísimas raposas.

Moraleja.

A consejos malos,
No orejas... palos!

XXXI.

El pastor y la mar.

UN rico pastor tenia
Un rebaño numeroso
Y una vez se lo vendió
Para entregarse al negocio;
Adquirió con el dinero,
Sedas, telas, joyas, oro,
Y para venderlo, luego
Lo metió en un barco todo.
En la mar se hundió la nave
Durante un tiempo horroroso,
Y el pobre pastor quedóse
Sin corderos y sin oro.

Trabajando se hizo rico,
Que el trabajo es dadivoso,
Y otra vez compró corderos
Gruesos, lanudos, orondos,
Y otra vez se hizo pastor
Viviendo en paz y gozoso;
Y al ver en la mar un barco,
Decía el pastor muy pronto:
—«Usté es de los que se comen,
»De la gente pobre el oro.»—

Moraleja.

Dice el refran, muy bien por vida mia,
Que gato escarmentado
Se aparta pronto hasta del agua fria.

XXXII.

La paloma y la hormiga.

EN dia en el agua
Se cayó una hormiga;
Vióla una paloma,
Paloma muy linda,
Y echó dentro el agua
Un ramo de encina;
Con esto al momento
Salvóse la hormiga.

Un cazador fiero
De léjos venia
Y á aquella paloma
Cazar pretendia.
La hormiguita entonces
Muy agradecida,
Con todas sus fuerzas
Al cazador pica.
Vuélvese al instante
Y al suelo este mira,
Mientras la paloma
Del lazo advertida
Batiendo las alas
Se aleja y envia
Un himno de gracias
A la buena hormiga.

Moraleja.

Haz bien y tendrás un dia
Quien cambie tu tristeza en alegría.

XXXIII.

La zorra y las uvas.

Ror debajo de un parral
Pasó una zorra una vez
Y al ver los racimos quiso
Comer de ellos cinco ó seis.
Pero viendo que, por altos,
No los podía coger,
Dijo con voz melindrosa,
Con desprecio y altivez:
— «No los quiero que están verdes
» Y verdes no saben bien. »—

Moraleja.

Muchos son los que anhelan una cosa
Y la encuentran divina, dulce, hermosa;
Y si luego no pueden alcanzarla
Al fin acaban por despre ciarla.

XXXI.

La corte y las viudas

La corte y las viudas
 Se casan con los hijos
 De los señores de la corte
 Y de los señores de las viudas
 Pero viendo que por esta
 No los podían casar
 Dijo con voz muy alta
 Con desprecio y altivez
 —No los quiero que estén
 Y veréis no saber bien

Muchos son los que andaban
 Y la encuentran dulce y hermosa
 Y si luego no pueden alcanzarla
 Al fin acaban por despreciarla
 Y si a la corte y a las viudas
 A la corte y a las viudas

En las cortes y en las viudas
 En las cortes y en las viudas

El mendigo.

CUENTOS MORALES,

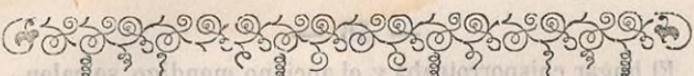
POR

JOSÉ ROUMANILLE.

CUENTOS MORALES

1842

JOSE RODRIGUEZ



I.

El mendigo.

I.

Arreciaba el frío, silbaba el maestral, las últimas hojas de los árboles caían. Todas las plantas se secaban en los campos; ni una flor se veía en los prados!... ¡Qué tempestad aquella! Un anciano caminaba. ¿De dónde venía? ¿A dónde iba el pobre y haraposo anciano? El desgraciado se echaba á llorar en las puertas de las granjas y decía: —¡Abrid, tengo hambre! ¡Tened piedad de mí! ¡En nombre de Dios dadme un pedazo de pan!

Y el pobre entraba en el interior de las granjas, y para él se encendía fuego y se ponía la mesa... ¡El anciano hablaba del Paraíso, y sus ojos azules chispeaban! Y siempre se abrían las puertas de las granjas cuando el santo hombre llorando de pie en el umbral decía: —¡Almas caritativas, tened piedad de mí! Dadme un pedazo de pan, por amor de Dios!

El hogar chisporroteaba y el anciano mendigo se calentaba en él ; y el niño de la granja, el bribonzuelo, se encaramaba sobre sus rodillas, y luego le pedía con maña un cuento bonito y algunos besos. Las madres abrían las puertas siempre que el anciano lloraba y decía en el umbral :

— ¡Tened piedad de mí ! ¡En nombre de Dios, dadme un pedazo de pan !

El niño jugaba con la barba del abuelo y este besaba las mejillas y la nevada frente del niño. Y cuando á veces el anciano contaba un cuento de los tiempos pasados, iba siempre de bueno á mejor. También el niño se sonreía cuando el buen anciano lloraba é iba diciendo :

— ¡Tened piedad de mí ! ¡Dadme un pedazo de pan, por amor de Dios !

También cuando el anciano se marchaba, el niño se ponía acurrucado en un rincón y refunfuñaba. ¡El hermoso anciano recogía su alforja, su palo y su calabaza, y rezaba ! Su envejecida y temblorosa mano echaba la bendición... Luego se lamentaba en las puertas de otra granja y decía :

— ¡Almas caritativas, tened piedad de mí ! ¡En nombre de Dios, dadme un pedazo de pan !

Y Dios, que ama á los pobres, amaba á la granja en donde el anciano comía el pan bendito por la santa caridad ; la granja que á menudo le prestaba albergue. Y desde el cielo enviaba cada año prosperidad completa á los que hacían bien al abuelo que lloraba y decía :

— ¡Tened piedad de mí ! ¡Dadme un pedazo de pan por amor de Dios !

II.

Arreciaba el frío: silbaba el maestral; las últimas hojas de los árboles caían. Todas las plantas se secaban en los campos: ni una flor se veía en los prados! Un anciano caminaba vacilando sobre el hielo. ¿A dónde se dirigía en aquel momento el viejo haraposo? El desgraciado gemía al umbral de un castillo y decía :

—¡Almas caritativas, tened piedad de mí ! ¡Dadme un pedazo de pan, en nombre de Dios!

Era un soberbio castillo; en él disfrutaba un rico; placeramente estaba echado sobre cojines de seda; acababa de comer y trasoñaba; los lamentos del mendigo le incomodaban; medio dormido decía el rico:

—¡Voy á echarle los perros!...

Y el mendigo se lamentaba é iba diciendo:

—¡Tengo hambre! ¡Tened piedad de mí ! ¡Dadme un pedazo de pan, por amor de Dios!

III.

Yo pasé por allí cerca y ví el castillo que estaba ardiendo. El fuego de Dios lo devoraba. Oí gritos... ¡Eran del rico que estaba dentro! El viento se arremolinaba sobre el palacio que ardía... ¡Es que, por desgracia, habían soltado los perros!... Doblad la rodilla: el mendigo que gemía é iba diciendo al umbral de las puertas:

«—¡Tened piedad de mí !—» Doblad la rodilla; era Dios.

II.

El reparto.

Hé aquí lo que en otro tiempo me contaba mi abuela. Existía en un lugar un anciano de noventa años, que se llamaba maese Pedro, y que había trabajado toda su vida. Como tenía tres hijos, quería dejar arreglados sus asuntos ántes de morir, pues había reunido algunos miles de francos y adquirido alguna pieza de tierra. Viendo que se extinguía el calor de su existencia y que la última gota de su aceite se estaba consumiendo poco á poco, llamó un día á sus hijos y les habló del modo siguiente:

—Hijos míos, ya soy anciano. Mi heno está maduro, solo espera la siega; cuando la bellota está sazónada solo falta que caiga... Mirad, ahora más que en otra ocasión es tiempo de pensar en el reparto de mis bienes ántes de morir; partamos con legalidad, para evitar el que os enredeis en algún pleito... porque los tribunales arruinan muchas familias. De mis bienes he hecho tres partes tan iguales como he podido. Tu, Trófilo, tomarás esto.

—¡Cuán bueno sois! ¡Gracias, padre mío!

—Claudio, creo que esto hará tu felicidad.

—Padre mío, muchas gracias: estoy muy contento de mi parte.

—Y tú, Francisco, hé aquí lo que te toca.

—¡Gracias, padre!

—¿Estais contentos del reparto?

—¡Padre, mas que contentos!

—Pues bien, abrazadme, y amaos siempre como hermanos que sois!

Dicho esto, padre é hijos se abrazaron llorando...

—¡A propósito!—esclamó luego el buen padre,—aun me queda alguna cosa: tengo una cruz de diamantes, joya de mucho mérito! Me costó quinientos francos, pero ahora no tiene precio; pertenecia á vuestra madre! ¿Para cuál de vosotros será esta cruz?

—Padre, para el que querais,—respondieron los tres.

El reparto seria fácil, pero para ello debiéramos venderla!... Mas, hijos míos, escuchad: este tesoro debemos conservar siempre: todos tres teneis derecho á él, si bien yo lo daré á uno solamente. Pero... lo tendrá merecido.

—Decid, ¿qué se debe hacer para la cruz de nuestra pobre madre?

—Poca cosa, hijos míos; me contareis las acciones mas buenas que hayais llevado á cabo durante vuestra vida, y despues escogeré la mejor de las que me conteis, y aquella será la premiada con la cruz; vedla, qué hermosa es! No se hacen muchas como esta. ¡Mirad cómo reluce! Las piedras que hay engastadas en ella no son asientos de vaso! Brillan mas que una estrella... El juez está pronto á escucharos. Empieza, Trófito.

II.

—Erase entre las dos y las tres de la madrugada del otro viernes; me dirigia hácia Mansana para devolver quinientos francos al señor Martin, un buen hombre. ¿Lo creeriais? ¡Solo exige un interés de un veinte y cinco por ciento! Me direis que iba demasiado de mañana por el mundo, pero, padre, la necesidad me obligaba á ello... Aun no habia an-

dado la mitad del camino, cuando hé aquí que tres malvados, saliendo de detrás de una pared, me dijeron:—«La bolsa ó la vida.» Como os lo podeis figurar, me asusté.—«¡Perdidos! les dije yo, tengo mujer y seis hijos.»—«La bolsa ó la vida!»—repitieron y me apuntaron al rostro tres fusiles cargados. Eran tres contra uno; ¿qué queriais que hiciese? Entregué los quinientos francos, y se largaron; entonces regresé llorando á mi casa.—«Todo lo has perdido, Trófimo! No hay mas que coger de nuevo el escardillo y el azadon. En una hora han huido de tus manos los ahorros de dos años!» Esto me decia interiormente. No sabia lo que pasaba en mi cabeza; otro en mi lugar se hubiera suicidado. Pero yo levantando los ojos al cielo dije:—«*Fiat voluntas tua!* Lo que el diablo me ha tomado, Dios puede devolvérmelo.»—En cuanto hube dicho esto, (¡quién lo creeria!) encontré una cartera: la abrí... estaba llena de papeles. Padre, como siempre he sabido aprovecharme de lo que aprendí cuando niño en la escuela, los lei... ¡Cielos! ¿qué tenia en mis manos? ¡Diez mil francos en hermosos billetes de banco! ¡Diez mil francos realizables en casa del primer banquero que me viniese á mano! ¡Qué hermoso monton de escudos!

—¿Y qué hiciste de ellos?—preguntó el anciano algo conmovido.

—Indagué, encontré al dueño de la cartera y se la devolví.

—Trófimo,—dijo el padre,—has hecho lo que debias. Quedarse con lo que no nos pertenece es obrar mal. ¿Y tú, Claudio?

III.

—Durante una noche del año pasado la campana tocaba ¡dan, dan! ¿Qué es esto? Escucho: por todas partes se

elevaba un sordo rumor; todos gritaban:—«¡Pronto! ¡Socorro! ¡Fuego!»—¿Sueño acaso? Salto de la cama, me visto á medias, salgo, echo á correr, y en un instante me encuentro en el lugar de la catástrofe. Estaba ardiendo por entero una casa. ¡Oh! ¡qué espectáculo! ¡Para apagarlo se hacian milagros! Echaban agua en abundancia. Hé aquí que de pronto el Duro, que estaba encaramado en una escalera gritó:—«¡Pronto! ¡Pronto! ¡Socorro! ¡Margarita, Margarita, la abuela aun se encuentra en el interior de la casa!»—Al oír esto, penetro en ella, busco, subo al granero, y encuentro en medio del humo á la pobre vieja casi del todo asfixiada; me la echo al hombro y le salvo la vida! ¡En cuanto hube salido se hundió el techo!

—¡Bien!—dijo el anciano,—obrate como un valiente ciudadano y un hombre religioso. Y tú, Francisco, ¿qué me cuentas?

—¿De dónde vienes?—preguntó una chicharra á una mosca parada en uno de los IV
—No lo vez?—contestó la atarida.—Venimos de...

—Yo tengo un enemigo, y, convendriais en que son dos, si os dijera que es aquel Colás que el año pasado... Pero vale mas no hablar de elló é irse al grano. Un dia (creo que era un lunes) iba yo á Barbentana á comprar alguna hortaliza para plantarla en mi huerta. Quiso la casualidad que Colás y su hermano (los cuales siempre van juntos) se encontrasen en la barca de pasar el rio. No sé como sucedió, pero es lo cierto que Colás cayó al agua: el Durance (habia tenido lugar una tempestad hácia la parte de su origen) bajaba furioso, echando roja espuma y rugiendo como un terremoto... El pobre Colás, como no sabia nadar, se ahogaba: las aguas le iban arrastrando hácia Arlés como si fuese el tronco de un árbol... Su hermano le miraba sin decir palabra y pálido como un difunto. ¿Sabeis lo que hago entonces? Me echo al agua y me dirijo hácia el que

se ahoga... y nado... nado... y le alcanzo, y hé aquí lo que me sucede; él me coge desesperadamente, y enlaza como una serpiente alrededor de mi cuello sus brazos nervudos; pero yo separo sus brazos de mi cuello, y cogiéndole por los cabellos le saco del agua.

—¡Francisco, la cruz es para tí! La acción mas hermosa, héla aquí, es la de hacer bien á todo el mundo, y sobre todo á nuestros enemigos.

III.

La mosca.

—¿De dónde vienes?—preguntó una chicharra á una mosca parada en uno de los cuernos de un buey.

—¿No lo ves?—contestó la aludida.—Venimos de trabajar.

IV.

El ángel de los niños.

I.

Entre las bandadas de serafines que Dios ha creado para que sin fin, y ébrios de amor canten:—«¡Gloria! ¡Gloria al Padre en las celestes alturas!»,—uno habia que siempre se alejaba entristecido, de los otros que estaban cantando.

Su álbea frente de continuo estaba inclinada hácia el suelo como la corola de una flor mústia durante el verano: cada dia se iba poniendo mas meditabundo. Si el hastío fuese posible que se apoderase del corazon en la gloria de Dios, hubiera dicho cualquiera, al verle, que aquel ángel se moria de fastidio.

¿En qué pensaba, y por qué se escondia? ¿Por qué no tomaba parte en la alegría de los otros? ¿Por qué era el único de todos los ángeles en doblar la cabeza como si hubiese pecado?

II.

¡Hé aquí que se arrodilla á los piés de Dios!... ¿Qué dirá? ¿Qué va á hacer? Para verle y escucharle los otros, cesan de cantar su aleluya.

III.

— Cuando vuestro hijo Jesus lloraba, cuando el frio se habia apoderado de sus carnes en el portal de Belen, yo le consolaba con mis sonrisas, le abrigaba con mis alas y le calentaba con mi aliento. Desde entonces, ¡oh Dios! cuando llora un niño, su voz resuena en mi piadoso corazon. Hé aquí por que siempre estoy triste. Hé aquí, Señor, por que estoy meditabundo. Dios mio, tengo algo que hacer en la tierra! Permitid que descienda á ella. Hay allí tantos niños que están llorando sin consuelo, léjos de los pechos y besos de sus madres! ¡Pobrecitos! ¡Quiero calentar sus miembros, colocarles en las cunas, cuidarles, mecerles y acariciarles!... ¡Quiero que en lugar de una, tengan todos veinte madres que les hagan dormir cuando hayan mamado suficientemente!

IV.

Los otros ángeles le aplaudieron con las manos y el corazón.

Las estrellas de Dios se agitaron en los cielos; y luego el que acababa de hablar estendió sus alas, y descendió de allí arriba con la rapidez del rayo. Cuando llegó aquí, los senderos por donde cruzaba se cubrían de flores y las madres estaban locas de contento.

¡Y las puertas de las casas se abrían al pasar el ángel de los niños!

V.

La parte de Dios.

Qui invenit mulierem bonam, invenit bonum.
Prov. XVIII, 22.

Cuando estuvieron enamorados Antonio y Margarita, se unieron y establecieron casa. Hacia cuatro años que se habían casado. Por dote habían aportado sus veinte dedos. ¡Ay! ¡Poca cosa es!... Pero, cuando se es trabajador, cuando se tiene salud, y cuando se es hombre de bien, nunca falta de qué llenar la boca; virtud, trabajo y salud valen mas que el dinero. La barca de Antonio y Margarita iba viento en popa; si alguna vez topaba con algun escollo, no estaba mucho tiempo detenida: es que nuestra pareja, en cuanto lo advertía, se apresuraba en volverla á

poner á merced de la corriente. Tenian tres pequeñuelos: el mayor, que ya sabia andar, mecía al segundo cuando la hermanita pequeña mamaba.

¡Eran muy económicos los dos esposos; nada desperdiciaban!

II

Antonio se acostaba temprano y se levantaba muy de mañana. Es cosa sabida que el madrugar alarga el día. Antes de amanecer, los dos trabajaban ya. Mientras el hombre trabajaba en el campo, la mujer en la casa lavaba la ropa, barria y despues echaba remiendos. ¡Era cosa de ver aquello! El interior de la casa relucia como un espejo. Margarita no era de aquellas que echan á cocer las habichuelas ántes de haber limpiado la olla. En su bolsillo tenian algunos sueldos: nadie sabia, escepto ellos, dónde escondian la plata.

Tenian arrendado un hermoso pedazo de tierra, en el cual habian recogido abundante roya, que aquel año, á lo menos, les habia producido setenta francos. Si el hombre sabia sembrar roya, la mujer sabia cuidar sus gusanos de seda, de una manera tal, que la cria de estos era una bendicion de Dios. En cada colecta recogia un quintal no escaso de capullos.

Sus negocios no iban del todo mal; tenian aceite en su accitera; nueve gallinas incluso el gallo y cinco ánades en el corral, que cantaban de un modo que daba gusto oírlos. Tenian conejos en la conejera, leña en la leñera en cantidad suficiente para pasar el invierno; además, además... pan en el cañizo, vino en el tonel, y doscientos francos de ahorros... ¡Oh! para crearse una pension bonita no hay cosa como el trabajo cuando Dios ayuda.

Además eran marido y mujer; personas de buen humor como hay pocas... Levantaban castillos en el aire con mucha frecuencia.

—Cuando nuestros hijos serán mayores, estableceremos á Mateo, casaremos á Amelia; les daremos á cada uno de

los dos, cuando menos, mil francos... A Jaime le haremos capellan. ¡Tendremos un capellan en la familia! ¡Qué delicia! Y además... ¡Quién sabe lo que vendrá!

II.

— ¡Era imposible que aquello hubiese durado mucho tiempo!...

— ¡Ah! la dicha ¿qué es? Es un pajarito que va y viene por debajo del cielo y nunca encuentra en la tierra un lugar bastante hermoso para hacer su nidada. Ya seamos ricos, ya pobres, siempre somos dignos de lástima. Nosotros mismos convertimos en dolores nuestras alegrías; cuando tenemos un pedazo, queremos el todo. Siempre estamos gritando y gruñendo, siempre nos metemos cascabeles en la cabeza.

Antonio, pues, hizo esto último: como el humo se desvaneció al instante su alegría; y tanto ruido movieron al fin sus cascabeles, que Margarita los oyó, y una velada le habló de esta manera:

— ¿Qué te pasa, mi querido Antonio? Tú no eres el mismo de antes. ¿Te han hecho, tal vez, algo? Hace tres días que no me hablas... y tanto como eras alegre antes, ahora te has vuelto callado y de mal humor!

— ¡Margarita!

— Y bien, ¿qué sucede?

— ¡Moriremos sobre la paja!

— ¡Ay, me conmueves profundamente! ¿Qué diablos se ha apoderado de tí? No sé qué cosa puede ser la que te desazona: ¡sin duda tienes un nido de hormigas en la cabeza! Eres muy original, Antonio; apenas acabamos de plantar la higuera y ya quieres recoger higos!

— ¡Moriremos sobre la paja!

— ¡Ay!... ¡Cuán necio eres! Di, ¿por ventura no es uno rico cuando se ama el trabajo y se tiene buena salud?

—¡Margarita!

—Veamos, ¿qué hay?

—¡Moriremos sobre la paja! ¡Dios mío! ¿Cómo lo haremos para mantener nuestros chiquillos? ¡Tres hijos!... Y luego si caigo enfermo... si llego á morir, ¿cómo irá la casa? ¡Si á lo menos hubiese un hospital en el pueblo!... ¿Qué son doscientos francos? ¡Casi nada! ¡Lo mismo que un grano de anís en la boca de un asno! Margarita, si tuviese diez mil francos, otra sería mi canción; solamente cinco mil bastarían para satisfacer mis necesidades. Entonces, siendo como somos ahorradores, mujer, tendríamos... de todo, para mantener á los niños, y al padre y á la madre; para poder satisfacer todas nuestras necesidades.

—¡Cállate, Antonio! Eres un blasfemo. ¡No debes hablar de esta manera! Soy de parecer que exageras tu mal y que te formas ilusiones. ¡Anda! El hombre nunca debe desconfiar de Dios. ¡Vamos! Créeme, trabaja. Trabajemos para nuestros tres corderitos. Quitate eso de la cabeza. ¡Hagamos cuanto nos sea posible, y Dios hará lo demás; es buen Padre y ama á sus hijos!

—¡Tienes razón, pero si tuviese cinco ó seis mil francos!...

—Entonces quisieras diez, y luego veinte, y despues treinta, y mas adelante veinte mil francos de renta, y treinta, y cuarenta, y aun no quedarias satisfecho. ¿Ignoras acaso lo que es el hambre de dinero? ¡Cuanto mas se trata de saciar mas aumenta! Despues, amigo mío, no dudes de ello, el párroco nos lo dice con frecuencia desde el púlpito: «No es, ni el dinero, ni la abundancia lo que pueden labrar la felicidad de una persona. Dios no deja en el sufrimiento á aquel que le ama y le reza oraciones.» ¡La dicha! ¡La dicha! ¡Ay de mí, ya la teníamos! Antonio, la teníamos aquí, la teníamos nosotros dos ántes de que la ambicion royese su alma.

III.

Antonio, pues, según veis, necesitaba dinero, estaba triste como un sudario, y pálido hasta el extremo de poner alegre á un farmacéutico ; se inquietaba de continuo y había instantes en que perdía al parecer el sueño y el juicio.

Comia sin apetito, él, que antes hacía saltar hasta tocar el techo las migas de su pan, cuando al merendar se comía un plato de pimientos confitados en vinagre, un pedazo de queso y un pan frotado con ajo.

Pues bien, ahora no tiene apetito, no encuentra buenas las castañas ; encuentra baja la tierra... ¡Oh! ¡Qué pereza es la suya! ¡El, que trabajaba como un negro, y hacía tanta faena como cuatro, solo la presencia del escardillo ahora le hace bostezar! ¡Ah, pobre Antonio, vas á pasarlo mal! Quien no trae azada, no trae zamarra... Pero Dios, que es un buen Padre, tendrá piedad de la esposa y también de los hijos.

IV.

Hé aquí lo que sucedió. Una mañana Antonio estaba cavando : si bien de mala gana, escavaba para hacer un hoyo á fin de plantar un moral. Lo hacía muy poco á poco, pero en fin, cavaba. Hé aquí que su azadon de golpe se detiene y choca con alguna cosa...

— ¡Oh! ¡Toma! ¿Qué es esto?

¡Por todas partes remueve la tierra y busca... ¡Una caja!

— ¿Si será un ataúd?—esclamó Antonio.— Pero ¡cál! si no estoy en el interior de un cementerio. Además en los ataúdes no ponen hierro y en esta lo hay. ¡Veamos qué es esto!

La caja está cerrada con llave; rompe la cerradura y



La parte de Dios.

—Si será un ataúd?—esclamó Antonio.—Pero ca ! si no estoy en un cementerio.

abre. ¡Cielos! ¡Un tesoro! ¡Un nido grande de luises de oro! ¡Oh, desdichado! ¿no querias dinero? pues bien, aquí lo tienes!

V.

Antonio cree soñar; se tienta y dice:

—¡No obstante, soy yo mismo! ¿Pero esto es mio? ¿Esto es bien mio? ¡Gracias, gracias, Virgen santa! ¡Cuando Margarita lo sepa, qué alegre va á ponerse! ¡Bendita sea la clueca que te ha empollado, hermoso nido! ¡Azada, escardillo, azadon, adios para siempre! ¡Ahora ya no tiraré mas de la cola al diablo! ¡Ya pueden venir hijos! ¡No les faltará nada!...

Y salta de alegría y contempla su hallazgo; despues saca su cuenta con los dedos, loco de contento, y si no se ha equivocado, tiene nueve mil francos. ¡Oh, pícaro Antonio, vas á pasarla gorda ahora! Ya tienes el dinero: los papeles están en el fondo de la caja. ¿Sabes leer un poco, Antonio? Toma, lee este pergamino.

«Todas las casas están arruinadas; los lobos deguellan á los corderos; el que escapa de los balazos sube á la guillotina. ¡Qué tiempos, Dios miol Han dado muerte á mi pobre padre. Era un anciano que hacia mucho bien. Le han muerto porque era rico, siendo asi que habia repartido gran parte de sus riquezas. ¡Ay de mí!

Quizá me llegue pronto el turno. Me lo temo y lo aguardo; pero ántes quiero esconder en algun rincón mi dinero. Despues si vivo volveré á buscarlo... Marcho bajo la custodia del Señor, y á pesar de esto apostaríá á que no volveré. Mis riquezas serán para aquel que las encuentre... solo pido en cambio algunas misas.

Bedouinno, 30 de mayo de 1794.

— «Para aquel que las encuentre...» Bien está, -- dijo

Antonio, — vámonos á casa al momento, y veremos qué dice de esto mi mujer.

VI.

Llega á su casa en un salto y loco de alegría.

—El que tiene, tiene; el que gime, gime; esclama al entrar. Margarita, querida mia, somos ricos; tú ya eres una señora y yo un caballero. ¡Tan cierto como hay Dios, y como el Papa está en Roma!

—¿Pero qué tienes?—le pregunta su mujer.

—¡Tengo nada menos que la suma por mí deseada!... Tengo nueve mil francos. ¡Démonos un abrazo, reina mia, y empiece la fiesta!

—¡Dios mio! Bien habia dicho yo que se volveria loco. ¡Hijos míos! ¡Pobres hijos míos!

—¿Qué dices? Si me hicieses el favor de no hablar tanto!

Y Antonio vacía, dicho esto, la caja sobre la mesa y los hermosos luises de oro hacen din-din al caer.

—Antonio, la honra vale mas que todo el oro del mundo; anda á poner eso otra vez, al momento, en el lugar en donde estaba... ¿Qué has hecho?—le dijo Margarita.

—He hecho una hoya para plantar un moral; despues he llegado al fondo, he hallado un tesoro; todo era oro, oro verdadero. Y me pertenece por título de buena ley, que guardo... Puedes creerme, el ser pobre no hace ser ladron. Mi familia, Margarita, es pobre pero honrada; puedo pasar por todas partes con la cabeza alta. Habla, papel.

—¿Y qué dice?

—Dice que este oro será para el que lo encuentre.

—¡Pues bien!—esclamó Margarita, —Dios es quien nos lo manda: una voz secreta lo dice á mi conmovido corazon; nos pide que le demos las gracias por el presente que nos hace: de rodillas, Antonio.

—Es cierto! tienes mas juicio que yo.
Al momento se arrodillaron y rezaron, con fé, un *Pater noster* y un *Ave Maria*, que subieron al cielo, hermosos como una *Allehuya*. Despues se levantaron sonriendo. —

VII.

—Tenemos, pues, ya nueve mil francos. Pero no está aquí todo : ahora es necesario saber qué haremos de ellos, —dijo Antonio al levantarse;— cuando se tienen muchos, no es lo mismo que cuando se tienen pocos. —

—Eres un papanatas, —esclamó Margarita. —Antonio, escondámoslos en el armario y tomaremos de ellos cuando encontremos apurados. —

—¿Y si un ladrón nos los roba? —

—¡Andal... Los ladrones, para robar dinero, no acuden á casa de los pobres. No digas nada; haz el necesitado... Ya lo sabes; en boca cerrada no entran moscas; trabajemos como si fuésemos lo que éramos ántes. —

—¡Trabajemos, trabajemos!... Bueno, bueno, me rio de tu trabajo, Margarita. ¿Acaso Dios nos ha hecho ricos para echarnos á perder trabajando? No señor. ¡Toma! Para algo es redondo el dinero; lo es para que ruede, hermosa mia. —

—Amigo mio, no soy de tu parecer. Si enciendes el cirio por ambos extremos, Antonio, pronto le verás consumido. ¿No valdria mas que comprásemos un buen pedazo de terreno? —

—No diré que no, pero seria preciso trabajarlo. —

—Coloquémoslos á interés, aunque no sea mas que al cinco por ciento. —

—Nos quedaríamos sin un cuarto dentro de poco: no faltan ejemplos, Margarita, de personas que se han ido, dejando la llave en la gatera, y que no han vuelto mas. —

—Pero ¿qué dirá la gente si te ven sin hacer nada, con

el baston en la mano tanto en los domingos como en los dias de trabajo, y yendo de una parte á otra vagamundeando como un tocino enfermo?

—¿Qué dirán? ¡Pche! Poco me importa. Si hubiese hecho bancarrota, ó hubiese robado á alguien en la carretera, entonces seria otra cosa. Lo que tengo es mio y no debe nada á nadie. ¡Oh! con el baston en la mano, me voy á dar la vida de un habitante de ciudad; y ahora que tenemos dinero para pasarlo bien, quiero que un buen sastre me vistá á la moda. De hoy en adelante quiero tener mas de un sombrero: quiero vestir paño, y que sea de buena calidad. Quiero botas de las que no deban enlustrarse, y después aquí delante, camisa planchada. No quiero que me des á comer judías; quiero góbios y cazadas de bocinas. Conoceré por último el sabor que tienen las codornices y las becadas; y tambien el de un guisado con patatas. Quiero cocido, quiero asado; bastante me has hecho sufrir hasta el presente, Margarita. Tambien, tambien quiero, ¡como hay Dios! que mi mujer y mis hijos sobrepujen á los demás del pueblo.

—¡Quiero, quiero! Callarás por fin, Antonio. ¿Cuándo habrás querido bastante?

—¡Cállate, rencillosa! ¿Quién es el amo aquí? Lo he sido yo siempre, y siempre pretendo serlo.

—Si te sostienes en tus trece, pronto habremos concluido.

—Cállate; ¿qué te importa á tí eso?

—Lo que has dicho basta para que cualquiera te tomase por un loco. ¡Decir tantas necedades á tu edad, á los treinta años!

—¡Cállate!

Y Antonio, amoscado por las palabras de su mujer, le alargó un tremendo puñetazo en la boca.

—¿Con qué tú das consejos, Margarita? Pues bien, Antonio te pega. Cúdate de tí y arrégrame la cena.

Sin decir palabra á Margarita. VIII. Su cabeza estaba llena, como un huevo, de consejos y su vestido de boda, y meto lo necesario en su bolsillo.

— ¡Dios mío, cuán pesado, cuán brutal se ha vuelto! Parece que las riquezas echan á perder al hombre: cuando era un pobre trabajador que ganaba treinta sueldos al día, era un hombre de bien; ahora que está rico, es un animal!

Margarita, con las lágrimas en los ojos, arreglaba la cena y maldecía desde el fondo de su corazón la caja y los luises de oro. Cuando la cena estuvo aparejada el caballero se sentó, solo y con aire regañón, en la mesa, diciendo al tiempo de comer:

— ¡Cuán sabroso está esto!

El mayor de los niños, al ver llorar á su madre, se había puesto triste; el segundo temblaba de miedo que le causaba su padre, y se había escondido en un rincón, y el pequeñuelo, ¡pobrecito! mamaba una leche dañosa.

— Es el último día que como una sopa de esta clase. Desde mañana en adelante, señora, me hará V. una comida de ciudadano... Es necesario que reflexione, y arregle mis negocios (la noche trae consejo). ¡Gandula! dádme el candil, pues quiero irme á la cama... ¿Viene V.?... ¡Ande V. más aprisa!... Cuando le mande alguna cosa me obedecerá al momento... al momento siempre!

IX.

Aquel pícaro tesoro le había enloquecido. ¡Dios mío! Si su felicidad comienza con una riña, ¿cómo terminará?... La conclusión os lo sabrá decir si leéis el resto.

X.

Al día siguiente, nuestro rico necio echa pié á tierra ántes de amanecer. Se poné su camisa de percal, sus bragas

y su vestido de boda, y mete lo necesario en su bolsillo. Sin decir palabra á Margarita, sale de su casa.

Su cabeza estaba llena, como un huevo, de consejos buenos que trae la noche. ¿Qué le aconsejaran estos? Es un secreto, ya lo sabremos dentro de poco. Caminaba con el pensamiento ocupado; de vez en cuando se detenía, y apoyando el dedo en su frente, contaba y volvía á contar.

—Tres y cuatro suman nueve, si quitamos uno... quedan cinco.

Y andaba otra vez para volverse á parar á poco; é iba murmurando á solas:

¡Como hay Dios, Bonaparte debía hacer lo mismo durante la víspera de una gran batalla! Esto nos prueba que el dinero trae consigo el mal humor y los quebraderos de cabeza, y el diablo y comparsa.

XI.

—¡Oh! ¿Eres tú? ¿Dónde vas tan de mañana?—dice á Antonio un amigo suyo que se llamaba Colás, y que iba alegremente á trabajar. Te has puesto muy bonito. ¡Tunante! Hoy se casa Cecilia en la ciudad. ¿Te han nombrado suplente de la novia, Antonio?

—No. Llevo prisa. Voy á la ciudad...

—¿Qué hay de nuevo? XI

—Caballero, siga V. su camino. ¡Por vida! Es V. muy curioso! ¿Acaso le interesa en algo lo que hago?

—¡Toma, qué torpe estás! ¿Quién te ha desencabestrado, borrico; dónde has dejado la albarda? Pero no, si es que el pobre se ha vuelto loco; si tiene la cabeza fuera de lugar! Camarada, no busques cuatro piés al gato.

¡Oh desgracia! en un momento se armó una pelotera.

Al fin concluyó, y el uno se fué, hácia la derecha y el otro hácia la izquierda. Antonio llega, á poco, á la ciudad.

XII.

Se hace cortar el cabello ; despues busca un sastre de los mejores ; escoge lo mas bueno que encuentra ; despues se compra tres sombreros, uno negro para los dias de solemnidad, otro blanco para los domingos y otro ceniciento para los dias de trabajo.... (¡ Cuán bueno es tener dinero en abundancia !) Todo lo que compra lo paga al contado, dinero en mano.

— Ya hemos provisto á la cabeza ; bueno. Pensemos en los piés.

Se dirige á casa del zapatero y le encarga unos zapatos.

— Los quiero delgados y de parroquiano, y sin brocas ; de escarpin.

Despues dos pares de botas.

De primera calidad ; que se ajusten á mi pié ; que no me sean ni pequeñas ni grandes. Y todo debe estar listo el sábado por la mañana : tomadme la medida. Emplead hilo de buena clase para hacer las costuras... Me los enlustrareis con barniz que suavice el cuero, pues tengo callos.

XIII.

¡ Creo que deberíamos llorar más bien que reirnos de eso ! Si os lo dijera todo, haria muy mal, y además, esta relacion nunca terminaria. Además, cuando se cuenta algo no se puede decir todo, ni ser interminable.

Don Antonio compró un reloj, una sortija para Margarita y tres anillos para él ; para su hijo de teta una doble sarta de perlas finas, y además un silbato de plata con cascabeles ; seis corbatas de seda y tres de muselina ; para Mateo, un sombrerito de paja de Italia ; cinco brazaletes de pelo, y zarcillos para Amelia ; unos anteojos verdes, un

baston con puño, un bote de pomada, guantes de cabritilla, un alfiler de oro, un cuchillo de seis hojas, un paraguas para la señora, de aquellos pequeños que sirven tambien para cuando hace sol, una pipa turca con su correspondiente y prolongado tubo.

— ¡Sabido es cuán caprichoso puede ser el hombre! Cuánto tabaco necesitará! Magnífica pipa, los adornos valen mas que el frasco, los cordones mas que las cinceladuras.

— ¡Debiera satisfacer mi apetito! Vámonos á tomar un bocado,—se dijo interiormente Antonio,— porque la barriga gruñe. No obstante, para subir á la hostería es preciso fatigarse. ¡Pché! vámonos á poner aceite al farol.

Y se dirige hácia el meson, engalanado como una palma en domingo de Ramos.

Mientras que el animal se harta, veamos qué hace su mujer.

De primera calidad; que se ajusten á mi pie; que no me sean ni peduzcos ni grillos. Y todo debe estar listo el sábado por la mañana: tomadme la medida. **XIV.**

— Cuando su marido se hubo marchado, Margarita no dejó que se apoderara de ella la pereza; fué curiosa, pero le perdonareis su curiosidad; la desgraciada queria saber si, de lo amarillo encontrado, se habia estraído mucho.

Abre la caja con mano trémula y encuentra que el monton habia disminuido. ¡Oh, pícaro oro, cuando te tenemos, solo nos dás pesares! Este oro que tocan tus manos, Margarita, te ha hecho, y de seguro te hará mucho daño: ha herido tu nariz, ha puesto el desórden en tu casa y á pesar de todo, picarueta, aun te mueve la codicia!

Quiere saber cuánto hay: lo cuenta y lo amontona; suma y lo vuelve á sumar, y luego lo alinea. Encuentra seis mil francos!

— ¡No creía que hubiese tanto! —dice Margarita.
— ¡Hé aquí siete, ocho, nueve mil! ¡Parece que una hada los haga crecer en sus manos!

— ¡Dios mio! ¡Qué felicidad! ¿Cómo es que me dijo Antonio que había nueve mil francos? Si no cuento mal, catorce y dos hacen diez y seis; de fijo ha contado mal: el tonto se ha equivocado casi de la mitad: ha dicho nueve mil francos, siendo así que había diez y seis mil! Y eso que no cuento lo que se ha llevado. La limosna de la Providencia, el presente bendito que nos entregan los ángeles para dar una buena posición á nuestros hijos, este oro querido, nuestro caballero lo derrochará en cosas inútiles. ¡De todo esto no nos va á quedar ni un sueldo, ni un dinero, ni un medio dinero! ¡Pudiendo vivir felices, moriremos sobre la paja!

XV.

— Pero volvamos á nuestro caballero, que se ha hartado ya. Ha hecho una comilona de padre y muy señor mio. ¡Oh, cuánto vino ha manado en su vaso! ¡Tres botellas han quedado sin vida sobre el campo de batalla, y de vino que no es para los chiquillos! Héle aquí redondo como una O, porque el bribonazo se las ha compuesto con muchos guisados! Ha comido *bisteck*, perdices, liebres, codornices, porque la barriga del ricachon no se llena de paja! ¡Pero basta! Tiene ya suficiente; se levanta haciendo pinicos.

— Muchacho, ¿cuánto te debo?

— Nueve francos.

— Toma, hé aquí diez: los veinte sueldos que restan son para tí. Bebe á mi salud... ¡Encendamos la pipa! Saluda de mi parte al amo de la hostería.

XVI.

— Sale bamboleando como una campanilla (es que no ha agnado su vino).

— Un grupo de estudiantes que le encuentra bamboleando

y haciendo *eses* al tiempo de andar, le coge por su cuenta y le grita :

—¿Has empinado?

—¡Eh, mercader de sombreros, parece que tengais herida una de las alas!

—¿Has saboreado el jugo del racimo?

—¡Has pasado por debajo de la rama!

—¡Ved allá al hediondo que tiene la turca!

—¡Si á este paso andas tarde llegarás!

—¿Los guisantes están aparejados?

—¡Vaya un borracho!

—¡Eh! Catavinos, ¿dónde has llenado el botijo?

Y con muchos otros dicharachos le obsequiaron aun. ¡Los tunantes, así hubiesen sabido la leccion!

Mientras que la multitud le seguia gritándole como hemos visto, el borracho iba diciendo en voz alta y con enfado :

—¡Bribones, me la pagareis!

XVII.

Cansados de gritar (esto es, cuando tuvieron las voces roncas), los muchachos dejaron á Antonio que abollase sus sombreros en la carretera.

—En mi tiempo la juventud estaba mejor educada, por eso se la castigaba mas que ahora... ¡Al presente tiene el diablo en el cuerpo! Cuando veian un caballero, le saludaban; ahora, cuando ven uno, le alborotan!

XVIII.

¡Hé aquí lo que decia Antonio yendo de aquí para allá!
Los trabajadores que volvían del jornal hacian como los estudiantes :

—¡Ay! ¡La carreta se ha atascado!

— ¡El cubo de la rueda toca la rodada!

— ¡Cuánto cobran por el vino en los figones de afuera de la ciudad!

— ¡Eh! mosquito, ¿cuántos botones llevas en tus polainas?

— Cochino, no hubieses bebido tanto.

Daba lástima el oír y el ver semejantes cosas. Y Antonio de vez en cuando se dejaba caer de golpe y se echaba al suelo como un tocino. Arrastraba su cuerpo de una parte á otra... Se hizo algunos chichones, pero no se rompió la cabeza; es que hasta para los borrachos hay un Dios!

Había salido de su casa muy de mañana; [regresó á la misma muy tarde.

XIX.

Su mujer le aguardaba con inquietud en el umbral de la puerta.

— Hace mas de dos horas que estoy aquí llorando.

— ¡Margarita, Dios te lo pague! Soy yo, que soy Antonio.

— Debias volver mas temprano.

— ¡Siempre te das pena! Vale mas llegar tarde que temprano. Yo cuando comienzo el jornal lo concluyo: cuando lleno el vaso, lo bebo! ¡Por hoy he trabajado y andado en demasia! Acércame la botella; tengo una sed de perro.

— Mal hombre, ¿no te avergüenzas?

— Solo... solo un trago... ¡Te amaré mucho si me lo das!

— Vete á la cama, Antonio. ¿Aun no tienes bastante ropa en la colada? ¿Y de dónde vienes con tres sombreros?... ¿Te has vuelto loco?

— El uno es para el domingo... El otro para los dias de gran solemnidad... El otro...

— ¡Qué desgracia la nuestra! ¡Ah, Dios mio, tened piedad de él y de mí!

—Llevo para nuestro Mateo un sombrero de paja de Italia, cinco brazaletes de pelo y zarcillos para Amelia. Dame de beber... Si me das de beber una vez sola, Margarita, te regalaré este anillo.

—¡Una pipa! ¿Este es modo de derrochar el dinero? Miserable, tú lo has dicho, moriremos sobre la paja. No sé por qué me casé contigo. ¿No hubiera valido mas que me hubiese ahogado? ¡Pervertido!... ¿Con que desees, con tu proceder, que ántes de un mes mis pequeñuelos no tengan madre? ¿Con que quieres que para comer nuestros desgraciados hijos vayan de puerta en puerta pidiendo limosna? Oh, si el muerto que enterró su pecunia te viese derrochando ahora su dinero, si supiese del modo cómo lo empleas, saldría de su tumba y vendría á tomártelo. Y no sería, de fijo, Margarita quien hiciera que te los devolviese, porque este dinero será nuestra perdicion, puesto que te burlas de Dios, de Dios, que nos lo ha entregado.

—¡Ah! cuando yo soy un cordero, entonces tú eres una leona.

XX.

Y Antonio rompe el cántaro echándolo contra la pared; coge la mesa por los piés y ¡patatrás!

—¡Antonio, Antonio!

—Calla, mala mujer.

Aquello no es un hombre, es un demonio. ¡Y rompe todo el vidriado! El cuchillo de cortar pan, la sartén, el cazo, el porron, la ollica, el perol y la olla, todo está por el suelo. Cuando lo ha estropeado todo, cuando nada queda en su lugar, coge á su mujer por los piés y la arrastra.

—¡Ay, misericordia, Dios mio!

—Ya te habia dicho muchas veces que tenia un mal genio.

XXI.

Después de esto es preciso correr el telón. El vino dió malos resultados á nuestro ciudadano. ¡Ah! pobre Margarita; si su riqueza durase mucho tiempo, de fijo que morirías; sobre todo si tu marido empinaba á menudo.

XXII.

Ahora, amigo lector, ya puedes figurarte que no iré á perder el tiempo contándote de qué manera Antonio fué derrochando su fortuna sueldo tras sueldo: si tal hiciese, nunca acabaría y nada adelantaría con ello. Le has visto ya manos á la obra, y por lo mismo ya sabes de qué manera trabaja. No obstante debo decirte que aprobó lo hecho por Margarita, cuando esta le dijo que el oro le tenía guardado bajo cerradura.

—Únicamente,—la dijo,—deseo tener yo las llaves; no es por cierto la mujer quien debe llevar aquí calzones. Tengo y quiero conservar el gobierno de la casa.

Debo decir también que nuestro calculista (el cual se había vuelto desconfiado desde que era rico) subió, sacó sus cuentas y quedó satisfecho.

—Si me engaña,—dijo,—no es de mucho.

Pero, cosa que no he contado aun, era precioso oír el modo y manera como hablaban de Antonio los vecinos de la aldea. Le ponían como ropa de Pascuas.

XXIII.

JUAN, PEDRO, ANTON.

JUAN.

¿De dónde ha sacado tanto dinero? ¿Quién le ha hecho heredero?

PEDRO.

Quizá ha adquirido en alguna lotería el billete afortunado.

ANTON.

Su azada, su azadon y su escardillo están en venta. El maestro va á su casa de escondidas para enseñarle á hablar.

JUAN.

¡Cómo! ¿Acaso para saber esto último necesita lecciones?

ANTON.

¡Qué pícara es la gente! ¡Pues no se les ha antojado decir que Antonio habia detenido alguna diligencia en la carretera!

JUAN.

Cuando gasta, señal de que tiene.

PEDRO.

¿Dónde irá á parar si prosigue de este modo?

ANTON.

Yo, si no lo hubiese visto, no lo hubiera creído; la otra noche lo saludé; hizo como quien no reparaba en mí.

JUAN.

¡Oh, cuánta necesidad!

XXIV.

MARIANA, ANA, ISABEL.

MARIANA.

Margarita, la cual hace unos cinco años guardaba aun el rebaño (¡Dios sabe cómo!), ahora llevará sombrero y vestido de seda.

ANA.

¡Y... provee en abundancia de muchas cosas!

ISABEL. Para el adorno de la chimenea tiene tazas y azucareras doradas por todas partes.

MARIANA.

¡Y vasos... en los cuales coloca flores!

ANA.

Hace tiempo que no comen ya en platos de vidriado.

MARIANA.

¡Dicen que al pié de una higuera tiene el oro...

ISABEL.

¡Tienen cucharas de plata... como el señor Alcalde!

XXV.

ESTEBAN.

La otra noche, en el billar, Sebastian le ganó noventa francos, y él le dió treinta por veinte.

VICENTE.

¡Vaya una sangría!

TRÓFIMO.

Cada puercito tiene su San Martín.

VICENTE.

¡Sube, sube, Antonio! Pero no hay subida que no tenga su bajada.

TRÓFIMO.

Payés eres, payés quedarás.

ESTÉBAN.

El maniroto, pobre se queda...

XXVI.

Fácil de adivinar es lo que sucedió; al fin y al cabo nuestro héroe quedó sin un cuarto. Cuando se ha colocado la espita en un tonel, por grande que este sea, si continuamente se hace manar, sin añadir jamás la mas pequeña cantidad al interior, en poco tiempo se marcha todo el vi-

no... ¿Y qué queda en el fondo?... ¡Quedan las escurriduras!

XXVII.

Por lo tanto, para dar de comer á la familia fué preciso ir á vender de escondidas las tres hermosas sortijas y el anillo de Margarita, los brazaletes y zarcillos de Amelia... Despues las cucharas de plata; luego el baston con puño; la doble sarta de perlas finas, y la aguja de oro, y el reloj; despues el bonito silbato con cascabeles... La pipa turca, con un largo tubo... ¡Cuando se tiene hambre todo se vende para procurarse pan!

XXVIII.

Ya os embriague el oro, ya el vino, llega tiempo en que se entra en razon. Antonio entró en ella demasiado tarde: esto es, cuando vió que la miseria iba á apoderarse de él, de su mujer y de sus tres hijos. Ya no grita como ántes, se ha vuelto tan manso el pícaro que os apoderaríais de él sin esfuerzo alguno. Anda de una parte á otra cabizbajo, triste... ¡Oh, el gloton, ahora que ha dejado escapar el pájaro, cierra la jaula... ¡Por qué no la cerrabas ántes!

Cuando Margarita le sermonea la escucha sin replicar y con la cabeza baja. Cómo quereis que replique, si tiene la culpa.

XXIX.

— ¡Y bien! señor don Antonio, ¿ dónde está su tesoro de usted? En lugar de herirme el rostro y echarme á perder una quijada (por lo cual deberias llorar con arrepentimiento), me hubieses creído, so tonto, aun seríamos ricos. ¡Cuán cierto es lo que dicen: « los buenos arcos son para los borricos malos. » ¡Desgraciado! Si en lugar de portarte mal

hubieses aprovechado los consejos que te daba, ahora viviríamos como en un paraíso. ¡Y ahora cómo vivimos! ¡En un estado sumamente infeliz! ¿Te habian embrujado por ventura, Antonio? ¿Creías acaso que nunca se acabaria tu dinero? Ahora nadaríamos en la abundancia; estaríamos contentos, seríamos felices, tendríamos pan en el cañizo... y no harías reir á la gente! ¡Merecerías, por lo que has hecho, una paliza, la muerte! ¡Pródigo! ¡Pelagatos! Tienes tres hijos y pronto tendrás cuatro; y es preciso darles de comer; para alimentarlos nos falta pan; el pan se gana trabajando, y tú, ya se vé, querrás hacer el gandul! Ahora, respetable caballero, encontrará usted demasiado pesado el azadon, la azada y el escardillo; le parecerá mal el ser otra vez trabajador! Ahora, aun cuando quiera, no puede ser ya hombre de bien; cuando se ha perdido la costumbre de trabajar, difícil es volver á someterse á la misma. Responde. ¿Debo decirte mas aun de lo que te he dicho, Antonio? ¿No tienes sangre en las venas? ¿Qué respondes á lo que te digo? ¿Nada sientes en tu corazon?

— ¡Margarita!

— Acaba.

— Trabajaré.

— ¿No me engañas?

— ¡Margarita, te lo juro!

— ¡Oh, pronto te aburrirás del trabajo! No es todo el empezar, Antonio; lo principal es que dure.

— Empezaré y acabaré, Margarita. ¡Que se me lleve el diablo si lo que digo es falso! Margarita, puedes creerme como á un oráculo...

— Bueno. Pero ¿porqué juras de esa manera? ¡Quedaría bien arreglada, Antonio, si te se llevase el diablo! El mas precioso tesoro, es el trabajo. Está en nuestro poder. Estamos salvados, pues tú me has dicho: «Trabajaré.»

Dicho esto, hicieron las paces y, llorando como dos abubillas, se echaron el uno en brazos del otro. Y el mismo día siguiente, Antonio, D. Antonio, con el azadon en la mano, trabajó el jornal entero: así pasó toda la semana... ¡Trabajó tanto, que, si hubiese durado mucho tiempo aquello, hubiera caído enfermo!

En el pueblo se murmuraba en grande. ¡Ya se ve, id á detener la lengua de ciertas gentes! Cuando no saben mas inventan... Pero no son de temer sus hablillas. Pronto dejarán de charlar los habladores. Todo el mundo calló.

Margarita, ahora está buena, alegre y sonriente: todo respira felicidad en la casa, tanto los padres como sus hijos: despues de una tempestad, aparece el cielo tan hermoso!

La felicidad, que en todas épocas ha huido de los palacios, aquel pajarillo, que nunca está detenido, ¿sabeis? canta á menudo encima de la choza, en cuyo interior encuentra la paz, que es hermana del trabajo.

XXXI.

Despues Antonio y Margarita tuvieron una hija: tres que tenian ya y uno mas hacen cuatro. Dios les ama. ¡Qué dicha!... Levantaban tantos castillos en el aire, que daba placer escucharles.

— Cuando nuestros hijos serán mayores de edad, estableceremos á Mateo, casaremos á Amelia... Daremos á lo menos mil francos á cada uno de ellos... De Jaime haremos un capellan... tendremos un capellan en la familia.

— Lo tendríamos, — exclamó Antonio, — si el buen Dios, que es buen padre, metiese en esto su santa mano y nos

a ayudase un poco á hacerlo... ¡Ay, Margarita, si al tiempo de ahondar la tierra para plantar un moral!...

— ¡Dios y la Virgen nos libre de semejante cosa! Sé los resultados que traen tales hallazgos.

— ¿Qué me cuentas? ¡Nunca hubiera dicho que fueses local! Cállate; ¿no sabes que salgo de una escuela, en la cual he aprendido mucho? He despreciado la Providencia divina en otro tiempo, pero ahora me he confesado ya. ¿No has visto como he puesto en obra mi penitencia, desde aquel día hermoso en que dije: «Trabajaré?»

— Con que, te parece, Antonio, que si tuvieses dinero...

— Mujer, lo sembraría en terreno de Dios; ¡tendríamos un capellan en la familia!

— Pues bien; si Dios quiere sucederá esto último, Antonio. Jaime crece, estudia, y cuando tendrá la edad, decantaré... mi ollica.

— ¡Tu... ollica!

— Mirala.

— ¡Mujer, chocheas!

— Aquí dentro hay pecunia.

— ¿Qué estás diciendo, charlatana?

— ¿Quieres que haga sonar el dinero? Escucha pues, marido...

Y ¡plam! los luises de oro relucen encima de la mesa.

Antonio, con los ojos abiertos tanto como le es posible, sin palabra, con los brazos caídos y asombrado, mira el tesoro al soslayo.

— ¡Ah bodoque! ¿Miras si son de buena ley estos luises?

— ¡Jesus, María, José! ¿Qué veo? — esclama á poco Antonio.

— Marido, tú te quedaste la parte del demonio, yo la del buen Dios. Héla aquí, caballero... Mientras que echabas el oro en la calle á manos llenas, yo me lamentaba de tu proceder y del porvenir que aguardaba á nuestros hijos.

La primera vez que fuiste á la ciudad, Antonio, quise contar tu fortuna para saber de cuándo habías decentado tus nueve mil francos: cuento, y encuentro diez y seis mil. ¿Qué hago yo entonces? Tomo siete mil. Los meto en la olla y al poco tiempo la pecunia estaba enterrada: entonces me dije: «Ahora venga la sed; aun nos queda una pera.»

—¿Quieres decir?

—No hay mas quieres decir, Antonio; es cierto lo que te cuento. Para que no conocieses que faltaba dinero en la caja, casi por mitad (es preciso ser un poco vivaracha), encerré tu tesoro en mi armario y lo puse en el poste bien esparcido y que aparentase mucho. Esta es la verdad; Antonio, ahora te lo cuento por la seguridad en que estoy de que no tendré el sentimiento de verte acabar la parte de Dios.

—¡Margarita, tomaste pocos aun!

XXXII.

Nuestro matrimonio en medio de la alegría, de la felicidad y del trabajo fué prosperando marcadamente: el trabajo aumentó cada año la parte de Dios.

Como eran de buena familia, las niñas de Antonio y su primogénito Mateo hicieron un buen casamiento.

Jaime, al ser mayor de edad, fué un hombre instruido; ahora es un capellan que honra la parroquia de la aldea: viven con él sus padres viejecitos ya, y de vez en cuando reza alguna misa por el difunto que legó su fortuna al que la encontrara.

A menudo, cuando hace la plática, el san Juan-pico-de-oro no la nombra, pero se refiere á su madre... Tiene el corazon sumamente agitado cuando dice:

—¡Cristianos, hermanos míos, una buena mujer es el tesoro mas precioso del mundo!

VI.

Los albañiles.

Dos trabajadores que se llamaban, Mateo el uno, y Jaime el otro, estaban revocando una fachada de una casa. Eran albañiles. El andamio en donde se habían encaramado se hallaba á la altura de un cuarto piso.

De repente cruje el maderaje, las cuerdas se rompen y el andamio se viene abajo.

Los dos albañiles se cogen de una misma viga y gritan:

—¡Socorro! ¡socorro!

Pero el socorro no venía y el madero, no pudiendo sostener el peso de los dos, comenzó á ceder.

Entonces dijo Jaime á su amigo:

—¡En nombre de Dios! ¡Suelta el madero y yo me podré salvar! Tú no eres padre de familia como yo, que tengo cinco hijos. ¡Pobrecitos! ¿Qué será de ellos si les faíto?

—Tienes razon,—contestó Mateo.—Es justa tu demanda. ¡Adios! tus hijos rogarán por mi alma.

Y dicho esto soltó el madero.

Jaime fué socorrido.

Mateo causó espanto á los que le recogieron, al verle tan destrozado; pero en cambio su accion plugo mucho al Señor.

VII.

Si le hiciésemos abogado.

Un día, un aldeano acomodado que se llamaba Salvador, dijo á su mujer:

—Anita, estoy inquieto.

—¿Qué tienes?

—Gil es grandecito ya: no sé qué hacer de él... Gracias á haber sido económico y un poco avaro, gozamos de una posicion regular. Mujer, sacrifiquémonos un poco para dar una carrera á nuestro hijo. ¿Te gustaria que fuese... notario, en lugar de payés ó de aldeano?

—¡Bien! Pero yo preferiria hacerle capellan.

—Para que luego fuese un muerto de hambre y muriese como un segundon. Créeme, Anita, esto seria cargo de conciencia para nosotros. Si hiciésemos de él un abogado, mujer, tendria una carrera que produce mucho: ¡hay tantos pleiteadores! Además, nuestro Gil es astuto y hablador; es muy responдон y sabria por lo mismo sostenerse en sus trece.

—Tienes razon,—dijo la madre,—tendremos un abogado en la familia y no moriremos sobre la paja.

Dicho y hecho: Gil á la mañana siguiente fué á echar á perder las asentaderas de sus pantalones en los bancos de la escuela; por espacio de ocho años estuvo hablando de gramática latina, geografia, álgebra y filosofia... Cuando supo que tres y dos hacen cinco, que *Rosa* quiere decir *la Rosa*; envizado de prosa y verso, regresó á la casa en donde le esperaban su padre y su madre, los cuales solo tenian la piel y los huesos; tanto era lo que se habian sacrificado.

Salvador labraba, y nuestro presumido se perfumaba

unos seis ó siete pelos que asomaban en su bigote; siempre llevaba el sombrero inclinado hácia un lado, y era el amante de todas las muchachas. ¡Oh! es que Gil aun no era abogado.

Marchó á París... ¡Un sacrificio mas, Salvador! Buenas gentes, preciso es que trabajéis, porque vuestro hijo hace otro tanto. Estudia los cinco códigos al mismo tiempo que baila la polka.

Y cada quince dias llegaba una carta que decia: *Soy un buen muchacho... Hacedme el favor de mandarme dinero...* y entonces era indispensable otro sacrificio aun!

Debo deciros que á los ciento ó doscientos francos ya se hubo de vender un hermoso viñedo; luego fué preciso vender el prado, luego... el plantío de morales. ¡Basta! ¡Nada mas les quedaba... á escepción de los ojos para llorar!

—¡Y bien,—decia Ana,—no te lo dije, Salvador!

—¿Por qué lloras, tonta? Tendremos un abogado en la familia. Mujer, tendrá una carrera que produce mucho; hay tantos pleiteadores!...

Y Gil, ¿qué hacia? Bailaba la polka.

Le esperaron mucho tiempo, pero en vano: solo supieron que el caballero ensuciaba mucho papel, y, pobres como Job, los dos ancianos partieron de la aldea con los ojos llorosos y la agonía en el corazon. ¡Pobrecita! Ana murió en un hospital... El abogado se suicidó. El desgraciado Salvador, con la alforja al hombro y un palo en la mano, decia al umbral de cada puerta al tiempo de pedir limosna:

—No deis al hijo una posicion mas encumbrada que la de su padre.

VIII.

Maese Colás.

I.

Maese Colás, que era ya entrado en edad, pero que á pesar de esto gobernaba con maestría una vasta hacienda, y la regía bien, pues era entendido en la materia, un domingo por la noche, mientras se dirigia á la aldea, encontró á su jóven hijo Mateo. (Aunque digo jóven es preciso saber que contaba ya diez años de matrimonio.)

—¿Cómo os encontráis de salud, padre?

—Bien. ¿Y tú?

—Ya lo podeis ver.

—¿Y la nuera?

—Buena.

—¿Y Claudio y José?

—¡Oh! comen con un hambre de lobo... ¿Qué quereis que os diga? Padre, yo me haria visitar por el médico: tenéis una tos que no me gusta.

—Es nada lo que tengo; estoy un poco resfriado.

—Os lo he dicho tiempo hace, no estais ya en edad de trabajar. ¡Ah, padre, si me encontrase en vuestro lugar! Dejaría correr mi hacienda y la repartiría entre mis hijos por partes iguales. Ellos trabajarían y yo los contemplaría.

—Y yo,—respondió el anciano,—cuando tendría hambre echaría sermones, ¿no es eso? Y en un mes cambiaría de pellejo. ¡Ah, no soy tan necio!

—¡Nunca os abandonaríamos aunque vivieseis mucho! ¿Nos tomáis por unos gitanos? Os alimentaríamos con los pedazos mas sabrosos. ¡Vaya! para que os luciese el pelo, para que nada os faltase, hasta durante la noche, si fuese

necesario, seríamos tres que trabajaríamos de buena voluntad.

—Hijo mio, tus palabras no me suenan del todo mal, respondió el padre. Dios ha colocado en tu pecho un corazón de oro. Con un corazón como el tuyo nunca dejarás de pisar el buen camino. Claro está que los tres sois muy trabajadores! Esta noche lo reflexionaré; la noche trae consejo. Oye, me parece que podrá hacerse tal vez eso que dices, y que á vosotros y á mi no dejará de irnos bien. Dame la mano. ¡Adios! Os aguardo el domingo próximo; ven á la alquería con tus hermanos.

II.

— El domingo por la mañana se pusieron pronto en marcha. Para llegar más pronto se calzaron sus mejores zapatos y parten los tres con la chupa al hombro. Andaban con suma velocidad; hubiérase dicho que tenían alas.

No obstante, no tardaron en atascarse, porque, como mientras andaban, hacían imaginariamente la partición del viñedo, del prado, de la cerca y de la casa, y como cada uno quería para sí el pedazo mayor, no pararon aquellos insensatos hasta que se echaron á perder el rostro y el pellejo á puñetazos.

Por último, gruñendo, con la nariz ensangrentada, y sumamente encolerizados, llegaron á presencia de su padre. Le encontraron debajo del emparrado contemplando un pájaro que acababa de enjaular; el buen anciano para hacer esto último se había puesto anteojos.

III.

—Padre, buenos días. Eh, dadnos la mano. ¿Qué haceis aquí de bueno?

—Contemplaba aquellos pájaros. El ladronzuelo Clau-

dio (bien dicen que los niños son muy desapiadados) los ha robado, debajo de aquel sauce, á su padre y á su madre en el momento en que estos los han dejado solos: ¿oís cómo pian? me dan mucha lástima... ¡Chiton! Mirad, la madre les trae la comida; mirad con cuánto amor les cuida! ¡Ah, cuán buena es una madre! Vale por diez. ¡Nunca se cansa de agitar sus alas para ir en busca del alimento que necesitan sus pequeñuelos! Ella, que ántes no se sobresaltaba, ahora el menor ruido la atemoriza... Desde que estais aquí anda de una parte á otra para vigilar su nidada. Mirad, ahora llega el padre; aun está volando; vedle cómo revolotea alrededor del emparrado: se acerca, se aleja, sube, baja, escucha; siempre tiene la mirada fija sobre su familia!

—Esto es muy hermoso, ya lo sabemos; pero nada tiene de nuevo,—dijo el mayor, que se llamaba Sebastián.— Pero ¿de qué sirve hablar de esto, padre? ¿No valdría mas que tratásemos de aquel asunto? porque, la verdad sea dicha... no hemos venido aquí para contemplar pájaros. — ¡Ah! ¿quereis ver cosas nuevas? Pues bien, dejadme obrar.

IV.
El viejo entonces se apodera de la madre por medio de una red; luego coge al padre y abre al mismo tiempo la puerta de la jaula. En un momento los pajarillos se echan á volar piando, parece que un diablo se los lleva. El anciano coloca los padres en el lugar en donde estaban los pequeñuelos, y cierra otra vez la puerta de la jaula.

V.

—Y bien, ¿qué sucederá ahora?—esclamó el segundo, que se llamaba Juan.

—Ya vereis, los pequeños traerán la comida á sus padres,—dijo maese Colás—y los alimentarán. Para hacerlo

ya tienen edad suficiente y tampoco les falta juicio, porque tiempo es ya de que lo tengan.

—¿Sois un bendito? ¿Os burlais de nosotros? Me parece que esas palabras últimas podiais ahorráros las; no seais tonto; los padres no serán alimentados por sus hijos; si aguardais á que vuelvan, estareis esperándolos mucho tiempo.

Y los muchachos se reían de la buena fé de su padre.

—¿Entonces padre y madre morirán de mala muerte; morirán de hambre?

—Es claro.

—Pues bien, no quiero saber mas: esto resuelve nuestro negocio. Adios, volved otro año.

¡Un padre, amigos míos, alimentaria cien hijos; cien hijos no son capaces de alimentar á un padre!

IX.

La hormiga.

Para volar como la golondrina una vez pidió la hormiga alas á Dios: cuando las tuvo se echó á volar por el espacio; una golondrina entonces se la tragó!

El que anhela ser mas de lo que debe ser, á menudo recibe desengaños crueles y á veces es víctima de su ambición.

Las cuatro risas del anciano. (1).

¡Un anciano que contaba noventa años, estaba agonizando! ¡La campana tocaba din... dan... din... dan...!

A su alrededor lloraba su familia. Hé aquí que el enfermo rió tres veces: el mayor de sus hijos le preguntó el motivo.

II.

—He visto, —dijo el anciano, —he visto en mi imaginación los placeres del mundo. ¡Humo vano! los placeres, hijos míos, se marchitan como las flores; aun cuando sembréis de ellos, ¿sabeis lo que producen?... ¡Amarguras! Los goces de este mundo, permitid que os lo diga, me causan lástima, me hacen reír.

III.

—Luego despues, hijos míos, al pensar en los sinsabores de esta vida y en la cruz á que está clavado el hombre continuamente, y en donde siempre tiene sed y grita; al pensar en que mi alma va á remontarse hácia Dios, hijos míos, permitidme que os lo diga, no he podido menos de reír placenteramente.

IV.

—Luego despues, hijos míos, cuando he pensado en la

(1) El argumento está tomado de una balada alemana.

muerte, que separa el alma del cuerpo, y pone fin á nuestro martirio; en la muerte, que siendo un ángel salvador, se ve maldecida por el hombre, que nos lleva al paraíso, hijos míos... hijos míos... permitidme que os lo diga... la alegría ha movido mi risa!

V.

Entonces el anciano rió por última vez, y se durmió con felicidad en la paz de Dios.

X.

Mal de ojo.

Erase una vez una señora hermosa, jóven y muy rica. La pobre pasaba muy malos ratos pensando en la enfermedad de sus ojos que, cada día iban debilitándose mas y mas, ó á lo menos ella se lo figuraba.

Así acostumbra á suceder con muchas gentes que están sanas y robustas, y que á fuerza de creerse enfermas concluyen por enfermarse de veras, y se hacen visitar por el doctor.

La señora en cuestion se fué tambien á casa del médico para que se hiciese cargo de su enfermedad. Para acertarlo, escogió, entre veinte, el que tenía mas fama. Era hombre que ganaba muchos doblones y merecía no pocas alabanzas de parte del sepulturero, porque mandaba muchas almas al otro mundo.

Cuando estuvo al lado del médico la señora explicó los pormenores de su enfermedad, lo que le dolía, bebía y comía.

—Señora,—dijo el médico—vuestra enfermedad es grave! El mal, ya es cosa sabida, viene pronto y tarda mucho en irse... Debierais haberme visitado ántes.

—¿Sería tan grave que estuviese en peligro mi vida?

—No; pero podriais quedaros tuerta... y aun tuerta ¡pase! pero ciega...

—¡Ciega!

—No obstante, yo puedo curaros fácilmente, solo que la curacion será larga... Es preciso que tengais paciencia... con el tiempo... mis cuidados... con los consejos que dicte la ciencia... con emplastos... con un buen régimen... con unguentos... etcétera, etcétera... vuestra vista se irá poniendo mejor. Sobre todo no debeis cometer imprudencia de clase alguna.

Tanto dijo el médico, que la pobre enferma se aterrorizó.

—Y para curarme ¿qué debo hacer?

—Es necesario que vengais á verme dos veces al día cuando menos: debeis... tomar el aire... debeis distraeros... y es preciso que bebais... por espacio de seis meses (ántes bien mas que menos) siete ú ocho gotas diarias de una agua que os recetaré... Si haceis lo que os digo, os curareis.

II.

Prosiguiendo el cuento, nuestra enferma cumplió con lo que el médico le habia ordenado: bebió el agua medicinal á pesar de que la encontraba de un sabor muy ingrato. Bebió tanta que repetidas veces se indigestó. ¿Creereis tal vez que su vista iba mejorando? Pues no señor. El agua de aquel *sicut et nos* de nada servia. Pero con todo el bribon del mé-

dico no dejaba de visitarla si podia, mas bien tres veces que dos.

—¿Cómo estamos?

—Cada dia peor.

—¿Os escuecen?

—De un modo atroz.

—Es que no habreis bebido el agua necesaria todavía. Esto prueba que hemos atacado el mal por las raíces... Ahora bien... con harina de lino... y... mostaza... de la fina... hareis dos *sinapismos*, uno para cada pantorrilla: así bajará á los pies el ardor que sentís en la cabeza. Ya vereis cuan pronto se cura.... Luego será necesario... que os lavéis las mejillas con agua *tosca*.

La enferma se lava las mejillas, se pone las mostazas... ¡Ah! si no se cura no será por falta suya.

III.

Los remedios no operan, y la enfermedad, al contrario, cada dia va progresando, y las visitas del médico aumentan, y el dinero disminuye que es una bendicion de Dios.

—¡Toma!— pensó un dia la señora— ¡Ahora es la mia!... Bastante se ha burlado de mí el charlatan. ¡Todos sus emplastos de nada han servido! Le despediré despues de haberle dado una leccion.

IV.

Y dicho esto se viste un traje andrajoso, se abriga con una capa toda llena de remiendos y se calza sandalias... Por último, cuando está disfrazada se pone anteojos, coge un palo, y así convertida en vieja mendiga, se dirige á casa del médico.

Una vez allí, aguarda á que le toque el turno... (cuan-

do iba sin disfraz, como era rica, la hacian pasar delante de los otros; ahora, como es pobre, la hacen esperar hasta que todos están listos!)

V.

— ¡Buenos días, señor médico!

— ¿Qué mal os aqueja, buena mujer?

— Tengo un humor...

— ¿En dónde?

— En los ojos.

— ¿Desde cuándo?

— Hace cosa de un mes.

— A ver... Esto es una bicoca. Vuestros ojos están sanos.

— ¿No los veis de color de sangre? ¡Me escuecen tanto! ¡Me escuecen tanto! Aunque me veis tan andrajosa, el año próximo os pagaré en plata si la colecta es buena y si me curais.

— ¡Os digo que no teneis la menor cosa!

— ¡Ah! Es que mi médico no me dice lo mismo... y eso que sabe su obligacion.

— ¿Y qué dice vuestro médico, vamos á ver?

— Que la enfermedad de mis ojos es grave.

— Pues si dice eso, ya podeis estar cierta de que es un solemne asno.

Entonces la señora se quita el disfraz.

— ¡Ah! doctor, si es así, el asno, á mi parecer, sois vos!

XII.

Alborada de la enferma (1).

Y los ángeles decían: «Rosa blanca y bella, flor del valle maldito, abandona el lugar en donde has abierto tu corola, vén á desplegar te aquí arriba. ¡Oh virgen! nuestra Reina te espera en este lugar elevado; y nosotros como tenemos piedad de tí, venimos para despegar á tu virtud del barro de la tierra y adornarla con las perlas del cielo.»

—¿Oyes, madre mia?—dice la enferma.—Escucha pues.

—Nada oigo. Duerme ¡ay de mí!—dice la anciana que está de rodillas.

—¡Oh, qué agradable, qué agradable es la canción de los ángeles!

Y los ángeles decían: «¡Oh, querida hermana, hemos tejido ya tu corona! Hemos puesto en ella doce estrellas, y tu santa patrona está concluyendo tu velo blanco; en el interior del palacio de Dios está preparado el puesto que debes ocupar; abre tus alas, serafín! ¡Vén y te llevaremos á beber en la fuente de vida, un amor eterno!»

—¡Chit! los ángeles cantan, madre mia,—dice la enferma.—Escuchad pues.

—Es el aura que sopla. Duerme, ¡ay de mí!—dice la anciana que está de rodillas.

—¡Chit! los ángeles cantan, madre mia. ¡Cuán agradable es el canto de los ángeles!

(1) Es imitación de una balada alemana.

Y los ángeles decían: «Nuestra hermana está contenta, es feliz, va á partir! Ved cómo rodea su rostro la esplendorosa gloria del paraíso. La madre esta noche se lamentará solita; solita se desconsolará! ¡Oh! pronto vendremos á buscarla, y encima de nuestras alitas mañana subirá al cielo.»

—Adios, adios, madre mia,—dice la enferma.—¡Dáme pronto un beso!

—¿Qué tienes, alma mia? Qué tienes, ¡ay de mí!—dice la anciana que está de rodillas.

—¡Adios, adios, madre mia! ¡Mañana oireis la canción de los ángeles!

XIII.

La cruz del niño Jesus.

(Villancico.)

El niño suspira y llora

Sin descanso y sin consuelo;

Ni puede cerrar los ojos

Pues no se le viene el sueño,

Ni bastan para calmarle

De su madre los desvelos.

—¡Oh! que agriatada me acordaba esta canción de los ángeles!

—¿Porqué lloras, hijo mio?

Dime porqué lloras, presto,

Cordero del paraíso,

Estrella del santo cielo.
¿Qué quieres? ¿Ya no me escuchas?
¿Mis palabras en tí un eco
No encuentran ya? ¿Será acaso,
Estrella del santo cielo,
Que te olvides del cariño
Indecible que te tengo?

San José estaba en la tienda
Revolviendo unos maderos,
Que era el oficio del Santo
El de humilde carpintero.
Su sierra nunca está en ocio,
Como tampoco su cuerpo,
Que no ignora que el trabajo
Engendra el descanso luego.
Al ver que su esposa en vano
Mece y remece al pequeño
La dice:

—Déjale, esposa,
Verás como le entretengo;
Le haré trabajar y así
Se le irá viniendo el sueño.

El niño sonríe y corre,
Hacia su padre, contento.
Y ambos trabajan, alegres
Como una fiesta en el cielo.

—Jesús, con tanta afición,
Contesta, ¿qué estás haciendo?

—¡Una cruz! ¡Una cruz, madre!
Respóndele el pequeñuelo.

La Virgen al escucharle
De amargura siente lleno
Su corazon, porque en alas
De negros presentimientos,
Se ve transportada á un monte,
A un monte que está muy léjos,
Y en cuya cima una cruz
Sus dos brazos tiene abiertos,
Y porque al niño Jesús
Contempla clavado en ellos!

XIV.

La niña ciega.

(Villancico.)

Erase el dia en que vino
Al mundo el Hijo de Dios
En una humilde cabaña
Sin lujo ni ostentacion,
Teniendo por lecho paja,
Y frio por cobertor.
Apenas en las alturas
Con alegre y dulce voz
Su hermoso *Gloria* acababan
Los ángeles del Señor,
Cuando ya de todas partes
A prestarle adoracion

Zagalicos y pastoras
Llegaban, dejando en pos
El caramillo silvestre
Y el tamborino chillon
Que, para cantar, traian,
En alabanza de Dios.

Dicen que una ciegucecita
De nacimiento, así habló
A su madre que marchaba
A adorar al Niño Dios:

— Madre mia, madre mia,
¿Porqué he de quedarme yo
Solita en mi casa en tanto
Que con mis hermanos vos
Vais á adorar al pequeño
Que ayer en Belen nació?
¡Mientras vosotros alegres
Prestareis adoracion
Al Niño de la chocita,
Lloraré á raudales yo!

—Hija mia, hijita mia,
Hija de mi corazon,
No llores que me das pena,
Calma un poco tu dolor.
¡Gustosa te llevaria
Si pudiese hacerlo yo!
¡Ojalá tuvieses vista
Para adorar al Señor!
Sosiega, que al regresar
Tan estensa explicacion
Te haré de lo acontecido
En la chocita de Dios,
Que ¡á fé! no echarás á menos
El no poder venir hoy.

¡Ojalá tuvieses vista,
Hija de mi corazón!

—¡Ay! ya lo sé, madre mía,

¡Ciega nací, ciega soy,

Y ciegucecita seré

Hasta que me llame Dios!

¡Oh! ¿Porqué no puedo verte,

Niño de cara de sol?

¿Acaso se necesita,

Responded, madre, á mi voz,

Ver, para adorar con fé,

Ver, para amar al Señor?

Si no puedo verte, al menos

Con toda veneracion

Pueda tocarte mi mano:

¡No anhelo otra cosa yo!—

Y tanto lloró la ciega

Y al fin tanto suplicó,

Que su madre conmovida

Al ver su inmenso dolor

Y al oír sus dulces quejas,

No la pudo decir *no*.

Alegre anduvo el camino

La ciegucecita de Dios,

Y cuando llegó á la choza

De placer se estremeció...

Y al poner su blanca mano

Sobre el tierno corazón

Del niño Jesús, ¡oh gozo!

La ciega dió un grito y... ¡vió!

Los huevos de gallina.

CUENTOS ENTRESACADOS

DE UN LIBRO INÉDITO TITULADO

CUENTOS DE INVIERNO.

El castillo del invierno, que estaba situado en la cima de una colina, rodeado de muchos castaños, robles, abedules, zarzillas y otras habituales plantas, vivía el rey, que por no poder contar de él sino a los reinos las siguientes palabras:

—Barbica (así se llamaba el castillo) era un lugar que me agrada en invierno y en verano y me gusta mucho.

—Señor, —contaba el reino de los reinos, —me gusta mucho, en invierno y en verano.

El rey, que había leído de historias de reinos, había de parqué en las copias de los reinos, —me gusta mucho a lo dicho.

—Como, me gusta mucho a lo dicho.

—Pasado a punto de vista.

—Como, rey — me gusta mucho a lo dicho.

—Lo que me gusta mucho a lo dicho.

Entre y fuera de los reinos, —me gusta mucho a lo dicho.

I.

Los huevos de gallina.

Héos aquí que una vez un rey (no sé de qué país porque no me lo han dicho), un rey que era muy poderoso, fué con toda su corte á veranear en el solitario castillo de uno de sus cortesanos, que era nigromántico.

Antes de proseguir debo deciros que el citado rey no era tan piadoso y caritativo como muchos de los que hoy dia existen, muy al contrario, no podía tolerar que se le acercasen personas vestidas con traje haraposo y miserable.

El castillo del cortesano, que estaba situado en la cima de una colina, rodeado de muchos olorosos romeros, espliegos, florecillas y otras balsámicas plantas, plugo tanto al rey, que este no pudo menos de dirigir á su palaciego las siguientes palabras:

—Hazbien (así se llamaba el cortesano), has de saber que me agrada en extremo tu elevado y magnífico castillo.

—Señor,—contestó el sabio humildemente—todo lo que os agrada, en vuestra mano está el quedároslo.

El rey, que nada tenia de generoso, no sabia darse razon de porqué era tan espléndido su cortesano favorito; así es que añadió á lo dicho:

—Cómo, ¿no le echarias á menos?

—Pasando á poder vuestro no cambiará de señor.

—Cómo, ¿soy yo por ventura señor de estas comarcas?

—Lo sois de todos los que responden á vuestro grito de guerra y yacen á la sombra de vuestra bandera.

Dicho y hecho. El rey tomó posesion del castillo.

El nigromántico, hablando con franqueza, se maravilló al ver que el rey admitía su oferta, con tanta mas razon cuanto que este no tenia por costumbre hacer ni el mas insignificante regalo á sus amigos. Pero á pesar de esto guardó silencio, porque el que está en la aceña muele, que no el que va y viene.

Transcurrió un mes, transcurrieron dos y tres, y hasta cumplió el año, y el rey continuaba habitando el castillo; del buen nido no salta el pájaro.

Un dia, pues, en que el nigromántico y otros varios nobles se paseaban por las murallas, se suscitó la conversacion de si habria ó no quien dijera al rey, de un modo mas ó menos encubierto, que debia ser mas dadivoso.

Muchos fueron los que se declararon inútiles para empresa tan atrevida. Solo el nigromántico fué el que se atrevió á decir que él llevaria á cabo la idea.

—¿Vos le direis al rey, que debe ser mas espléndido y caritativo?

—Sí.

—¿Sabeis que esto equivale á llamarle avaro?

—Sí.

—¿Y no os volveis atrás?

—Nunca.

—Apuesto á que no se lo decís.

—A que sí.

—¿Cuanto?

—Mil pesetas.

—Queda aceptada la apuesta.

Todos se maravillaron de lo acontecido y quedaron aguardando con ansia el momento en que Hazbien llevaria á cabo su palabra.

El plazo de la apuesta quedó fijado en un año, á contar desde aquel dia.

«Vienen dias, vienen dias, y como vienen se van,» ha dicho un poeta, y por cierto que ha dicho una verdad de Pedro Grullo. El tiempo anda, anda, sin detenerse y sin retroceder, lo mismo ahora que los primeros tiempos. Nada tiene de particular, pues, que anduviese de la misma manera en tiempo del rey de la conseja que voy relatando.

Habian transcurrido trescientos sesenta y cinco dias desde la conversacion de los nobles, lo que equivale á decir que habia mediado ya un año redondo menos unas cuantas horas, pues érase á medio dia del último de año. El rey continuaba habitando el castillo, y el tiempo fijado para llevar á buen fin la apuesta estaba próximo á estinguirse. Los cortesanos se cañaban contentándose con mirarse los unos á los otros con la sonrisilla en los labios; sabian muy bien aquello de que en boca cerrada no entran moscas.

Hete aquí que el rey quiso aquel dia que le sirviesen en el almuerzo un par de huevos de gallina pasados por agua, y cuando los tuvo delante los descoronó y, cosa maravillosa, en el interior del uno encontró un sueldo, y en el del otro un doblon de oro!

El rey se persignó creyendo que aquello era obra de mal arte, pero luego, viendo que el doblon era de buena calidad, se lo metió en la escarcela dejando el sueldo en el plato.

Y aquella misma tarde, segun costumbre, fué á dar un paseo con sus palaciegos y con el nigromántico, al cual dirigia muy á menudo la palabra, pues habeis de saber que luego que Hazbien hubo regalado el castillo al rey, este le demostró un cariño tan profundo que casi le bebia los acentos en cuanto hablaba.

Sucedió, pues, que mientras se paseaban, Hazbien dijo al rey señalándole unas pollas blancas:

—¿Creeriais, señor, que estos animalitos pudiesen aovar huevos de oro?

—¿Porqué preguntas eso?—dijo el rey maravillado y sor-

prendido de la semejanza de esta pregunta con el accidente que le habia sucedido cuando almorzaba.

—Porque,—contestó Hazbien,—he encontrado algunos libros que dan por cierto lo que acabo de decir.

—¿Eres de los que dudan?

—¡Y como no! ¿Por ventura creéis en ello, señor?

—Y tanto si creo, como que te puedo asegurar que es cierto lo que dicen esos libros á los cuales te referes.

—¿De veras?

—¿Dudas?

—Léjos de eso... pero como es una cosa tan inexplicable....

—¿Pues si yo te dijese que he visto?...

—¿Habeis visto? ¡Oh! ¡cuánta fortuna os ha cabido, señor!

—y volviéndose á los cortesanos añadió:—Señores, atended; el rey, nuestro señor, ha visto gallinas que aovan huevos de oro.

Todos se maravillaron.

—¡No tanto,—dijo el rey,—no tanto! ¡He visto huevos con monedas en su interior!

—¡Con monedas en su interior!—repitieron los que le rodeaban.

—Y por cierto,—continuó el rey mirando al nigromántico—por cierto que queria hacerte una pregunta.

—Hablad, señor.

—Dentro de un huevo he hallado un sueldo; en el interior del otro he visto un doblon. ¿Por qué no contenian moneda semejante los dos?

—Os lo diré al instante,—contestó con pausa Hazbien despues de un corto silencio,—esto ha sido en virtud de que el huevo del doblon era huevo aovado por gallina rica, y el huevo del sueldo lo habia aovado una gallina pobre.

Todos se quedaron con un palmo de boca abierta sin entender ni una jota de lo que estaba diciendo el nigro-

mántico. No obstante, uno de los cortesanos, deseando satisfacer su curiosidad preguntó:

—¿Y qué significa lo que acabais de decir?

—Significa,—añadió el palaciego favorito,—que las bestias dan á proporcion de lo que tienen para satisfacer las necesidades ajenas.

—¿Y bien, y qué?—replicó el cortesano ántes citado, que por lo que se ve no pasaba de ser un Juan Lanas.

—Significa,—repitió Hazbien,—que todos, todos, tanto los pobres como los ricos, debemos poner en manos de los necesitados el óbolo de caridad á proporcion de lo que tengamos; y que cuando un mendigo llame á nuestra puerta con la alforja vacía debemos echar en ella á semejanza de los huevos antecitados, un sueldo si lo tenemos, un doblon si lo podemos dar.—Y dirigiendo al rey la palabra, preguntó con marcadísimo acento:—¿No es verdad, señor?

Creo escusado decir que los nobles dieron por perdida la apuesta y que el rey desde entonces no dejaba de socorrer á los pobres que llamaban á su puerta, á cada uno de los cuales entregaba un sueldo y un doblon.

Las mil pesetas ganadas por Hazbien, las destinó este para socorrer á los pobres de un pueblo cercano al castillo.

Los huevos ya se deja entender que el nigromántico los habia preparado de manera que saliese de su interior el sueldo y el doblon, pues aunque haya quien diga que una gallina ponía huevos de oro, no podemos olvidar que no da peras el olmo, ni miel la avispa.

Esto me contaba mi abuela cuando era pequeñito, y recuerdo que siempre, al tiempo de dormirme, la oía citar el nombre del nigromántico. ¿No es verdad que HAZBIEN es un nombre muy bonito?

II.

El castillo de los tres ángeles.

Erase una vez un príncipe que andaba por el mundo en busca de aventuras.

Un día al atravesar un bosque le pareció oír ciertos lejanos suspiros; se orientó, corrió al sitio de donde aquellos partían y vió no sin gran sorpresa á una hermosa dama atada desapiadadamente al tronco de un árbol. El príncipe la socorrió, deshizo las ataduras y en un santiamén puso á la dama en completa libertad. Haz bien y no mires á quién, dice el refrán, que quien bien hace bien recoge. Hete aquí que la dama quedó muy agradecida al tal príncipe y le ofreció en cambio del servicio que acababa de prestarle otro mayor aun, cual era el de hacer su felicidad el día en que el príncipe lo desease. Por de pronto el príncipe se contentó con acompañarla hasta su palacio, que lo tenía en el centro de un vasto y nunca bien ponderado jardín: una vez allí le dijo la dama:

— Buen caballero, pedid lo que queráis, que sin perjuicio de cumplir mi primera oferta (la de hacerle feliz) os lo daré, tan cierto como hay Dios y sol, y mar, y cielo.

— Señora—contestó el príncipe,—si algo necesito algún día, os lo pediré; lo que es hoy, libre, rico y contento ando por el mundo, y libre, contento y rico andaré muchos años aun si á Dios le place.

— Bien—contestó la dama,—tomad, con todo, esta sortija, y si algún día os veis en peligro de muerte llamadme con estas palabras: ¡Señora mia, peligra mucho la vida mia! yo os salvaré.

El príncipe tomó la sortija, dió las gracias á la hermosa dama y se retiró. Andá que te anda, el príncipe llegó al anochecer á un pueblecito, en donde tomó descanso, hospedándose en un humilde meson. Mientras cenaba reparó en que los dueños del meson le miraban con recelo, y hasta encontró una vez á la mesonera que con el dedo en alto hacia ademán de hablar de él á su marido.

— ¡Mal negocio! — pensó el príncipe, pero como era valiente é incapaz de mover zambra por un quitame allá esas pajas, es lo cierto que cogió un velon y se fue á dormir al cuarto que le habian reservado. Era este de bajo techo y de negras paredes. La unica abertura que comunicaba con el exterior era una ventana, abierta sobre un abismo de mas de cien pies de profundidad.

Cerró la puerta el príncipe, y luego, como no sintiese sueño aun, se apoyó de pechos en la ventana, y mirando las estrellas y pensando en lo suyo y en lo de los demas, fue pasando el tiempo que era una bendicion de Dios. Hete ahí que, de pronto, oyó cierto ruido en la puerta de su habitacion; acudió con premura, miró por el ojo de la llave, y vio al mesonero que, en compañía de cinco malandrines, estaba forcejeando para abrir la débil barrera que le separaba del cuarto del príncipe. Como ya he dicho, y si no lo he dicho lo digo ahora, el príncipe era valenton y espadachin de nota. Sacó tranquilamente la espada de la vaina y se puso en guardia. Al que no quiere caldo, taza y media, dice el refran; esto dijeron los bandidos en cuanto hubieron forzado la puerta.

— Este no quiere morir, — exclamaron, — pues morirá mas pronto que los otros.

Y se le echaron encima como langostas, y á pesar de ser ellos seis y de que los cinco cayeron atravesados de parte á parte, gracias á la agilidad con que manejaba la espada el príncipe, es lo cierto que este al fin recibió una

profunda herida, de modo que, como decirse suele, tenia el alma en los dientes. Entre tanto el tuno del mesonero, que era el único que no habia recibido herida alguna, se habia largado para pedir auxilio con el objeto de rematar al valiente que estaba hospedado en su meson. El príncipe conoció sus intenciones, y por lo tanto se dijo interiormente: « á intenciones malas, proyectos buenos: » y aun cuando estaba desfallecido algun tanto, corrió á la cama, cogió una sábana, la ató fuertemente á la ventana y se deslizó. Cata ahí que la sábana era muy corta en comparacion con la profundidad del abismo que tenia á sus pies. Bajar era imposible; subir mas imposible aun, pues las fuerzas comenzaban á faltarle; el pobre aventurero ya no sabia qué hacerse; casi se habia resignado á dejarse caer, cuando hé aquí que de pronto, en el mismo instante en que penetraba en el cuarto por segunda vez el mesonero seguido de otros bandidos, se acordó el bueno del príncipe de aquella dama del bosque: acordarse de ella y pronunciar al momento estas palabras, « *Señora mia, peligra mucho la vida mia,* » fué para el príncipe cosa de un abrir y cerrar de ojos.

Instantáneamente la sábana comenzó á alargarse, á alargarse, á alargarse hasta que el caballero tocó al suelo, y ¡oh maravilla! en el fondo del abismo encontró un soberbio caballo que piafaba con impaciencia. Montóle el príncipe, cuya herida se habia cerrado al tiempo de pronunciar las palabras de la dama desconocida, y se echó á correr. Anduvieron muchos años.

Escapado de esta y otras muchas aventuras que le sucedieron por la intercesion de la dama, y cansado de correr mundo, pensó el príncipe en ir á visitar á la dama para que le cumpliese la promesa que le habia hecho de hacerle feliz.

Llegó al palacio de la dama.

Esta se presentó sencillamente vestida.

— Señora—dijo el príncipe—vengo á poner en vuestras manos otra vez la sortija que me entregasteis.

—¿Os ha servido de algo?

—Me ha salvado la vida mas de cien veces. Ahora espero que cumplireis la promesa que me hicisteis de hacerme feliz, pues deseo no correr mas aventuras y disfrutar del mundo.

—Cumpliré mi promesa; pero para eso necesito que vos me prometais ántes otra cosa.

—¿Cuál?

—El casaros con la jóven que os presentaré.

El príncipe, que era jóven y enamorado, dió su palabra de consentimiento.

—¿Cuál es la dama que me ofreceis?

—Una de mis tres hijas.

—Se llaman estas?

—¡Fé, Esperanza y Caridad!

—Y vos, señora, ¿qué nombre llevais?

—¡Virtud es mi nombre!

—¡Oh! pues oidme—dijo el príncipe, que hacia tiempo estaba contemplándola fuera de sí, echándose á sus pies:—no me presenteis á vuestras hijas, que si para ser feliz debo contraer matrimonio, ó sereis vos mi esposa, ó ninguna otra llevará este título.

El príncipe estaba tan elocuente, era tan hermoso, que la dama no pudo menos de contentarle con dulces y halagüeñas frases. De la abundancia del corazon habla la boca, dicen: si es así, lo que dijo la dama plugo tanto al príncipe, que á poco se habia enlazado este con ella, y habitaba un espléndido y suntuoso palacio en compañía de sus tres hijastras; niñas tan buenas, dóciles y sencillas, que hicieron la felicidad de las aldeas circunvecinas, de modo que á poco se conocia el castillo del príncipe con el nombre del *Castillo de los tres ángeles*.

Esta se presenta sencillamente vestida.
 — Señora — dijo el príncipe — venga á poner en vuestras
 manos otra vez la sortija que me entregasteis.
 — Os ha servido de algo?
 — Me ha salvado la vida mas de cien veces. Ahora espe-
 ro que cumpliréis la promesa que me hicisteis de hacer-
 me feliz, pues deseo no correr mas aventuras y disfrutar del
 mundo.
 — Cumplire mi promesa; pero para eso necesito que vos
 me prometáis antes otra cosa.

— ¿Cuál?
 — El casaros con la joven que os presentare.
 El príncipe, que era joven y enamorado, dió su pala-
 bra de consentimiento.

— ¿Cuál es la dama que me ofrecéis?
 — Una de mis tres hijas.
 — ¿Se llaman estas?
 — Sí, Esperanza y Caridad!
 — Y vos, señora, ¿qué nombre lleváis?
 — ¡Virtud es mi nombre!

— ¡Oh! pues oídme — dijo el príncipe, que hacia tiem-
 po estaba contemplándola fuera de sí, echándose á sus
 pies: — no me presentéis á vuestras hijas, que si para ser
 feliz debo contraer matrimonio, ó seris vos mi esposa, ó
 ninguna otra llevará este título.

El príncipe estaba tan emocionado, era tan nervioso, que
 la dama no pudo menos de contentarle con dulces y pala-
 gras finas. De la abundancia del corazón habla la boca,
 dicen: si es así, lo que dijo la dama plugo tanto al príncipe,
 que á poco se había enlazado este con ella, y hablaba un
 espléndido y suntuoso palacio en compañía de sus tres hijas.
 Era: unas tan buenas, dóciles y sencillas, que hicieron la
 felicidad de las aldeas circunvecinas de modo que á poco
 se conocia el castillo del príncipe con el nombre del Cas-

tello de los tres ángeles.

INDICE.

	Pág.
Fábulas.	9
Cuentos morales	53
Cuentos de invierno.	107

ÍNDICE PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

	Pág.
Portada.	4
La cigarra y las hormigas.	10
El viejo y la muerte.	14
La zorra y el cuervo.	20
El lobo disfrazado de pastor.	26
La zorra y la cigüeña.	30
El gallo y la zorra.	42
¿Si será un ataúd?—esclamó Antonio.	68

ERRATAS NOTABLES.

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
26	8	Sobre si gordas ó tiernas ó si grandes, etc.	Sobre si gordas ó tiernas. ó lanudas ó esquiladas,
30	18	Estrecho. La zorra con insistencia probó de meter las patas, probó de meter la lengua.	Estrecho. Con insistencia la zorra metió las patas, probó de meter la lengua
31	26	Le cargaron, sobre Al	Le cargaron sobre, El
48	21	A que	El que

INDICE

107	Cuentos de invierno.
83	Cuentos marciales.
9	Fabulas.

INDICE PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS

68	¿Si será un stand?—esciama Antonio.
42	El gallo y la zorra.
38	La zorra y la cigüeña.
36	El lobo disfrazado de pastor.
30	La zorra y el cuervo.
14	El viejo y la muerte.
10	La cigarrera y las hormigas.
4	Portada.

ERRATAS NOTABLES.

Pág. 1.ª	línea.	línea.	Ensayo.
18	21	1	El que
18	21	4	El
21	30	1	La cargaron sobre,
21	30	2	probó de meter la lengua
21	30	3	probó de meter las patas,
21	30	4	Estrecho. La zorra con insistencia
21	30	5	ó grandes, etc.
21	30	6	Sobre el gorras ó lianas
21	30	7	ó lianas ó espaldas,
21	30	8	Sobre el gorras ó lianas



